

LA CONSAGRACIÓN AL CORAZÓN DE CRISTO

Cerro de los Ángeles

P. Luis M.^a Mendizábal sj

Homilías del P. Luis M.^a Mendizábal sj, pronunciadas en el Cerro de los Ángeles, durante varios primeros viernes de mes, con motivo de la conmemoración de la Consagración de España al Corazón de Jesús.

LA CONSAGRACIÓN AL CORAZÓN DE CRISTO

Cerro de los Ángeles

P. Luis M.^a Mendizábal sj

CONTENIDO

1. Consagración de España al Corazón de Cristo: la imagen del Cerro de los Ángeles.	3
2. Sentido de la consagración al Corazón de Cristo: consagración personal, familiar, de la nación.	13
3. Sentido de la imagen del Corazón de Cristo.	27
4. Grados de la consagración: consagración bautismal, personal, religiosa, familiar.	41
5. La Presentación de Jesús en el templo, modelo de la consagración familiar.	57
6. Consagración familiar: la familia, célula de la Iglesia y de la sociedad.	73
7. Contemplando el Corazón de Cristo: el sentido del sufrimiento.	83
8. Corazón de Cristo, signo patente de la civilización del amor: “por la redención del mundo”.	95
9. <i>Mirarán al que atravesaron: me consagro a tu Corazón.</i>	109
10. El Corazón de Cristo nos da el Espíritu Santo: <i>Ahí tienes a tu madre.</i>	123

1

LA CONSAGRACIÓN DE ESPAÑA AL CORAZÓN DE JESÚS: LA IMAGEN DEL CERRO DE LOS ÁNGELES

Homilía pronunciada el 6 de octubre de 1978

A todos los que habéis venido a este acto, saludos. A los que ya el año pasado acudíais y a los que por primera vez venís. Veo mucha gente, veo mucha juventud a la cual quiero dirigir un saludo muy especial porque tengo el deseo, la impresión, que estos encuentros van a ser fecundos para nosotros. Y van a ser encuentros copiosos, encuentros que atraigan sobre nosotros y sobre cuantos nosotros tenemos que ayudar, grandes bendiciones de Dios. El Señor es abundante en su misericordia y en su generosidad.

Concorre este año, y vamos a comenzar nosotros ahora a recordarlo, el LX aniversario de la consagración de España al Corazón de Jesús. Fue el 30 de mayo de 1919. El 30 de mayo próximo serán exactamente sesenta años. Y se plantea, por parte de grupos apostólicos que se han asociado, que han vibrado con esta idea y que sienten el deseo de transmitirlo a los demás una verdadera campaña de preparación que no sea precisamente de grandes apariencias exteriores, pero que llegue a los corazones. Que sea una renovación, una conversión de los corazones. Y que luego sea elevación de santidad a través de una consagración que culmine en el domingo posterior el 30 de mayo en un gran acto, en el cual de alguna manera participe toda la Iglesia de España. Es una idea grande, una idea hermosa, en la cual nos hemos empeñado y que vamos a tratar, con la bendición de nuestros Prelados, de llevar adelante.

Es un momento crucial para la historia de España y es un momento especial para la historia de nuestro catolicismo. Y hemos de cuidar todos, sin dejarnos llevar por quejas y lamentaciones, de responder al Señor personalmente para que en nosotros se cumpla el Reinado de Cristo. Es inútil que nos lisonjemos de tener grandes deseos de un Reinado del Señor en España, si aquella parte que de nosotros depende, que es nuestro corazón y nuestra libertad, no la ponemos a los pies del Señor. Por eso, hemos de comenzar nosotros. Y estos encuentros de los primeros viernes aquí, en este lugar santo, encuentros que van a ser más numerosos cada vez -y estoy seguro de que cada uno de

vosotros se va a ocupar de conseguirlo-, han de ser encuentros de enfervorizarnos en el amor de Jesucristo y en la realización de sus designios sobre nosotros.

Venimos a este lugar. Y voy a comenzar hoy por una reflexión a través de lo que en estos nueve días -nueve primeros viernes seguidos- serán, llenos de una verdadera catequesis de preparación, con la esperanza de que cuantos hayamos participado en ellos, al final, tengamos una preparación del corazón para los actos finales de nuestra entrega individual y colectiva al amor de Jesucristo. Va a ser pues como una preparación, mes tras mes, de esa consagración, de esa conversión, de esa entrega, de esa respuesta, a los planes del amor de Dios.

La primera idea que quisiera hoy recordaros es un pensamiento sencillo. Venimos y venimos con devoción aquí a este lugar. Y podríamos preguntarnos: ¿Pero es que merece la pena de venir a este lugar? ¿Es que el Señor está vinculado quizá, a un determinado sitio? ¿No decía Él mismo que *ni en Galilea ni en Jerusalén, sino en todas partes, se adorará al Señor, porque el Señor busca adoradores en espíritu y en verdad?* Y es cierto que el Señor decía estas palabras, con las cuales quería indicarnos que no debe haber lugar exclusivo -como era entonces el templo de Jerusalén- donde se manifieste la gloria de Dios, sino que esa gloria de Dios se manifestará en todas partes. Porque el templo principal de la gloria de Dios ha de ser precisamente el corazón del hombre, de todo hombre que sinceramente se ofrece a Él, que deja pasar a través de su corazón los torrentes del amor de Dios. Pero de ninguna manera

significaba esta palabra de Jesús que se suprimían definitivamente los signos que el hombre tanto necesita para llegar a Dios y para entender las acciones de Dios.

Y Él sigue, el Señor, usando los sacramentos que son signos eficaces de la gracia, pero signos al mismo tiempo. El Bautismo es una inmersión, la Eucaristía es pan, pan que se transforma y se transubstancia en el Cuerpo de Cristo, pero que sigue mostrándonos el signo de alimento humano. Y así también el Señor quiere, siendo hombres como somos, que utilicemos los signos. Y Él también se nos comunica a través de los signos, siempre que no nos detengamos en ellos, sino que sepamos ir más hasta lo que significan esos signos.

Sin duda ninguna esta imagen grandiosa, que al salir del templo contemplareis iluminada, esa imagen de Cristo con sus manos extendidas, es un signo. ¡Un signo que quiere expresar una voluntad! Una voluntad de todos nosotros que deseamos expresar con este signo de una manera estable. Una voluntad también estable de reconocer el amor de Dios en Cristo, de reconocer lo que es Jesucristo para nosotros, lo que es su amor para nosotros. Una expresión de que lo aceptamos. Y una expresión también de que queremos responder a ese amor con la entrega de nuestro propio amor.

Este es el punto clave de la visión del Corazón de Cristo, expresada ahí con piedras, pero con piedras, no porque las piedras en sí mismas tengan ese valor, sino porque son signo de una voluntad. Voluntad de entrega de un pueblo, de cada uno de los miembros de ese pueblo, porque el

pueblo no se entrega si no se entregan los miembros de ese pueblo. Y ahí está expresada establemente para que cada uno de nosotros se adhiera a ese signo, asuma ese signo como expresión de su amor, y vea ahí en cierta manera, grabada en la piedra, su propia voluntad, su propio amor. Y verlo como algo propio, como algo mío que ahí está expresado. Y ver un poco cuál es nuestra aportación. Que salgamos de aquí llevándola con nosotros, para ir como trabajando y elaborando aquella parte que Él nos asigna de la construcción del real monumento espiritual interior, que ha de expresar nuestra verdadera entrega a Dios. Es pues un signo. Un signo a través del cual el Señor nos graba en el corazón.

¡Contempladlo al salir! ¡Miradlo! Y al mirarlo ¡lleváoslo en vuestra retina y llevadlo en vuestro corazón como algo que da sentido a toda vuestra vida! Como debe ser de hecho nuestra visión de Jesucristo cuando nos muestra su Corazón, que no es un momento nada más, no, es como algo que ilumina todos los aspectos de nuestra vida porque los reconocemos en todo ello. Hay a veces esas imágenes transparentes que uno puede luego sobreponer, superponer a otras, y de esta manera se construye una imagen nueva más completa. Yo diría que la visión de ese Corazón de Cristo, de ese Corazón atravesado, de ese Corazón con ese signo de amor, debe ser como ese transparente que nosotros vayamos superponiendo a cada una de las páginas de la historia, a cada una de las páginas de nuestra vida, para entenderla mejor, para comprender

aún eso que nos resulta incomprensible en nuestra vida, eso que a veces nos resulta un enigma.

Y cómo no recordar en estos momentos el enigma de la desaparición de ese Pontífice que en tan breve tiempo nos ha ganado el corazón. Ahí también, sobre esa imagen, sobre ese rostro, sobre esa sonrisa del Papa, sobre ese cadáver que luego vemos yacente, tenemos que estampar ese transparente del Corazón de Cristo, para entender sin entender que todo es obra del Corazón del Señor. Es la lección del amor, es la lección de Cristo en su sentido más hondo.

En el evangelio de san Juan, a través de los capítulos diversos, san Juan nos va indicando cómo el Señor se presenta. Y el primer párrafo, en las primeras páginas de su evangelio, se presenta como *el Verbo de Dios que se hace hombre*. Y luego se presenta, en el capítulo segundo, se presenta como *el Señor que es poderoso en hacer milagros, y se presenta como el Templo*. Y luego se presenta como *la fuente de agua viva* cuando habla con la Samaritana. Y luego más adelante se presenta como *salud que cura al paralítico*. Y más adelante se presenta como *el Pan de vida*, después de la multiplicación de los panes. Más adelante todavía se presenta como *el agua viva*, en la fiesta de la traslación del agua de Siloé al templo. Y más adelante se presenta como *la luz del mundo*. Y luego todavía como *la resurrección y la vida*. Pero al final, el texto que hemos leído hace unos momentos, se presenta como diciendo: ***Yo soy el Corazón abierto***. ¡Eso es Cristo: el corazón abierto, el amor de Dios patente, la interioridad de Dios que se viene afuera, que se

transmite, que se nos comunica como quedándose, diríamos, abocado! ¡Porque nos ha amado a Corazón abierto! ¡Eso es el Corazón de Cristo! A eso venimos aquí: a calentarnos en ese amor, a encendernos.

Es evidente que cuando nosotros contemplamos esa imagen, cuando nosotros hablamos del Corazón de Cristo, no hablamos como a una especie de culto simplemente como a una víscera cardíaca, no, es un culto al Misterio del Corazón de Cristo. Es un culto a ese Corazón que es revelación del amor infinito de Dios que se nos hace patente, que se nos acerca, que nos envuelve, que nos ama con esa ternura, que necesita tanto el hombre de hoy. Porque el hombre de hoy con su mecanicismo, con su secularismo, se enfría cada vez más y necesita comprender que Dios le ama con ternura, que Dios tiene Corazón. Y que ese Corazón de Dios es el Corazón de Cristo. En Él se nos manifiesta, y a través de Él derrama sobre nosotros los torrentes del Espíritu Santo que se nos infunde, que nos llena.

Esta es la visión radical. **Hablar pues de Corazón de Cristo es hablar de Jesucristo resucitado vivo de Corazón palpitante que nos ama ahora, que ahora está cerca de nosotros, que envuelve cada uno de los detalles de nuestra vida, y que ahora es sensible a nuestra respuesta de amor.** Y esto es lo que nos indica esa imagen. Y ésta ha sido la voluntad nuestra, la voluntad de nuestros mayores, la que han querido ellos grabar en esas piedras, el decirle al Señor: ¡Señor, lo hemos entendido! Él sabe que queremos expresarlo, tenemos necesidad de

expresarlo. ¡Lo hemos entendido Señor! Y como lo hemos entendido, ¡queremos responder a ese amor!

Esta catequesis nuestra, en estos primeros viernes sucesivos, va a ocuparse muy particularmente de esta respuesta nuestra, de lo que son las exigencias de ese amor en nosotros y más particularmente de nuestra consagración. Y de nuestra consagración personal, de nuestra consagración familiar en el mundo, en que necesitamos la fuerza de un amor verdadero que venga a sostener la institución de la familia. Que venga a enseñarnos también aquí el Corazón de Dios, en lo que podemos llamar también, de una manera parecida, el misterio de la familia cristiana en el Corazón de Dios.

Esta va a ser pues nuestra línea de tratamiento en estos primeros viernes, que irán sucediéndose en este año de preparación para el gran acontecimiento de la renovación de la Consagración de la Iglesia española al Corazón de Cristo. Pero partamos de aquí, de ese Jesús que es Corazón abierto, de ese Jesús que se nos da, de ese Jesús que nos llama, de ese Jesús que nos ofrece su intimidad personal. Porque mostrar el corazón es abrir la propia intimidad con todo lo que lleva consigo. Y no encontraríamos nada para poder expresar en la persona su entrega, la entrega de su propia intimidad, sin expresar que esta persona abre su corazón a corazón abierto. Y ha querido hacer eso vitalmente. Y ha querido hacer eso en la cruz donde, dando su vida, ha querido que quedase ese cuerpo abierto, con el Costado abierto, como se nos ofrece en la Eucaristía.

Así pues, que esta Eucaristía de hoy, comienzo de estos primeros viernes, sea para nosotros un acercamiento al Corazón, al Misterio del Corazón de Cristo. Que sientas la llamada de ese amor abierto que personalmente se acerca a ti y te llama, como te llama en la Eucaristía: *“Toma y come porque esto es mi cuerpo entregado por ti”*. Y puede decirte: **¡Porque éste es mi Corazón abierto para ti!** Y así es como está ofreciéndose al Padre para comunicarte a ti las mismas disposiciones. En medio de un mundo de egoísmo que seas portador de amor. En medio de un mundo de odio que seas portador de paz, portador de bondad, de esa bondad de la cual el mundo tiene sed y que sólo encontrará en el Corazón abierto de Cristo. Que así sea.

2

SENTIDO DE LA CONSAGRACIÓN AL CORAZÓN DE CRISTO: CONSAGRACIÓN PERSONAL, FAMILIAR Y DE LA NACIÓN

Homilía pronunciada el 3 de noviembre de 1978

El viernes pasado, primer viernes de mes, del mes de octubre, comenzábamos nuestra catequesis, teniendo ante los ojos el próximo año, con la solemnidad que nos ofrece del LX aniversario de la consagración de España al Corazón de Jesús. Y en el deseo de que este año, en las circunstancias especiales del mundo, de la Iglesia, y de nuestra patria, sea de verdad para nosotros un año de renovación espiritual, de consagración verdadera al Corazón de Cristo, de difusión a través de nosotros en el mundo, de las riquezas

insondables que hay en Cristo y que Él quiere derramar sobre la humanidad entera.

Iniciábamos con una presentación general. Hablábamos del sentido de **ese monumento que hemos de llevar cada uno dentro de nuestro corazón**, y que es un signo, pero **signo de una verdadera realidad**. Realidad que será más o menos perfecta, en ocasiones descuidada, en ocasiones particularmente cuidada y atendida, pero siempre realidad interior que debe ser para nosotros un ideal que cumplir.

En orden a esa renovación significada por ese monumento, tenemos que pensar hoy en **qué es una consagración**, para luego ir, a lo largo de los meses siguientes, ir disponiendo nuestro corazón según los elementos necesarios para realizarla con toda la posible perfección.

Vamos a hablar pues hoy en esta Eucaristía de la consagración, del sentido de esa consagración, del sentido que le podemos dar como Consagración de España al Corazón de Jesús, del sentido que le podemos dar, y le debemos dar, como consagración de nuestras familias al Corazón de Cristo. Consagración de nosotros mismos al Corazón de Cristo.

Y el primer punto que se podría poner es éste: en general, ¿puede hablarse de una consagración? Sobre todo, se podía plantear esto a nivel social, a nivel familiar, pero también a nivel personal. Y vamos a comenzar por el nivel personal para luego ir subiendo al sentido que tiene en el nivel familiar y en el nivel social o nacional. Y quizás enfocar, porque me parecería importantísimo para esto que

queremos realizar donde todos nosotros, estoy cierto, que queremos tener parte, de renovar esta consagración en este LX aniversario. Ante todo, el planteamiento podría ser éste: **¿Qué significa una consagración al Corazón de Cristo?** Cuando nosotros como fieles hemos sido ya consagrados por el Bautismo, cuando quizás después, algunos de vosotros por la misma profesión religiosa, por la ordenación sacerdotal, habéis hecho una nueva consagración, *con nuevo título*, como dice el Vaticano II, ¿qué sentido tiene entonces hablar de una consagración al Corazón de Cristo?

La consagración, en línea general, **es el acto por el cual una persona o una cosa se dedica, se entrega de manera especial al culto de Dios.** Y en el culto de Dios podríamos poner **la caridad, el amor de Dios**, de una manera especial. Es claro que todos nosotros tenemos una *consagración* que con término un poco técnico suele llamarse *ontológica*; es decir, cuando el niño ha sido llevado al Bautismo la Iglesia lo ha hecho sacro en cierta manera. Ha adquirido una santidad, santidad que suele llamarse *santidad del ser*, porque gracias al Bautismo se ha vinculado a Cristo, es miembro de Cristo. Lo es inevitablemente, como inevitablemente es hombre. Y si alguno quizás pueda decir: ¿por qué me han hecho miembro de Cristo si yo no quería?, le diré: ¿y por qué te han hecho hombre si tu no querías? Lo que podrás a lo más es quitarte la vida, pero lo que no puedes es no tener esa vida. Pues bien, de una manera análoga podemos decir: el bien que se le hace a ese niño desde el momento en que se le bautiza es hacerle miembro

de Cristo. Con eso tiene una verdadera santidad, llamemos así santidad, porque es vinculación a la realidad sacra de Cristo. Pero no basta esa santidad, en el Bautismo además se le da una *santidad formal por la gracia santificante*. No sólo es miembro de Cristo, sino es miembro de Cristo en gracia de Dios, es hijo del Padre, hermano de Cristo, templo del Espíritu Santo. Y esto es una santidad formal que él puede perder por el pecado. Y por fin, esta santidad recibida en el Bautismo está ordenada a un crecimiento. Es lo que llamamos *santidad moral*. A lo largo de la vida se nos ha dado la santidad para que vivamos santamente. Y viviendo santamente realizamos como dice S. Pablo: *"Hemos sido llamados para realizar la perfección de la santidad"*.

Santidad pues inicial, santidad ontológica, santidad de la gracia santificante. Y esa santidad que se va adquiriendo colaborando con la gracia, respondiendo a la gracia, es la obra de la gracia en nosotros. Y es la santidad moral del orden de la gracia, es la perfección de la santidad.

Correspondientemente a esto, lo comprendemos perfectamente, hay una acción del hombre que toma conciencia de lo que es, acepta lo que es, perfecciona eso mismo que es, colaborando con la obra de la gracia. Ahora bien, el acto de consagración inicial, en el cual a veces no ha sido uno mismo el que conscientemente lo ha hecho, postula de nosotros el que, al tomar conciencia de lo que somos, aceptemos de nuevo la realidad a la cual el Señor nos ha llamado, que con la luz de Dios comprendemos progresivamente mejor, y que de nuevo reafirmamos con

voluntad decidida, y por cierto en el grado de elevación al cual vamos llegando con el progreso de nuestra vida espiritual y de nuestra vida cristiana. De tal manera que **el mismo concepto de consagración es dinámico, es progresivo**. Como hablamos de una santidad y perfección de santidad podemos hablar de una consagración y perfección de consagración cuando vamos asumiendo ese contacto cada vez más íntimo con Dios, lo afirmamos, lo sellamos con voluntad decidida, y queremos que nuestra vida quede toda ella iluminada, sostenida, guiada, por ese nivel de unión con Dios al cual la gracia nos ha ido elevando progresivamente. Ahí tenemos el aspecto de la consagración.

La consagración, en el primer caso, la han hecho nuestros padres al presentarnos a la Iglesia que es la que nos ha consagrado, es verdad; y ha habido una realidad ontológica que ahí se ha puesto. Ahora bien, luego, el sujeto mismo, lo asume.

Esto sucede en nuestra **consagración personal al Corazón de Cristo**. Cuando en el desarrollo de nuestra vida por la acción de la gracia captamos lo que es para el Señor nuestra vida, lo que es la obra redentora de Dios, lo que son sus designios de amor iluminados por toda esta riqueza de gracia, nosotros conscientemente tenemos como una visión nueva de existencia, nos dejamos dominar por ella, y entonces nos consagramos. Nos entregamos a ese amor, nos entregamos a esa luz de fe, nos entregamos a ese nivel de existencia. Y entonces, en una profesión religiosa, pues quizás nos comprometemos y nos ofrecemos a Dios para

que el Señor quiera sellar nuestro ofrecimiento con una verdadera consagración de su parte, que siempre mantendrá su carácter dinámico, su carácter de mayor posibilidad de introducción en Dios, de mayor intimidad de amor. Y siempre vamos creciendo de consagración en consagración, hasta aquella consagración plena que se realizará en nosotros cuando el Espíritu Santo inunde nuestro ser y nos introduzca definitivamente en el seno del Padre. Esto es pues la consagración personal.

Y esta consagración se llama al Corazón de Cristo cuando lo que predomina, como visión de la vida, es la realidad del amor de Dios que se nos ha revelado en Cristo y al cual queremos corresponder, haciendo de toda nuestra vida una manifestación de este amor y una respuesta continua de amor al Amor inmenso de Dios por nosotros y por el mundo. Esto respecto a la consagración personal.

¡Ojalá todos los que estamos aquí presentes nos preparáramos, a través de estos próximos primeros viernes, para hacer de veras esta consagración consciente al Señor! ¡Ojalá, dóciles a la luz de la gracia, fuéramos captando estas realidades superiores y comprendiéramos cómo Dios nos ama, y comprendiéramos cómo Dios tiene sobre nosotros designios de amor, y cómo nuestra vida debe corresponder al nivel de ese amor de Dios a nosotros siendo de veras irradiación de ese amor! Ésta será una de nuestras metas, nuestra consagración personal al Corazón de Cristo por medio del Corazón Inmaculado de María.

Pero el problema se agudiza cuando hablamos ya de una realidad en cierto grado social como es la familia. Y aquí ocurre una pregunta: **¿Cómo debe ser una consagración de una familia? ¿Qué fundamento hay para ello? ¿Cómo se debe realizar?**

Pues bien, cuando se trata de una familia, hay un cuidado respecto de la familia que corresponde a los miembros de ella. Cada miembro de la familia en su grado tiene una responsabilidad de la familia, tiene que ver el ideal de esa familia. Porque en el plan divino la familia tiene su ideal cristiano, y ese ideal cristiano es el que corresponde al plan de Dios. El realizarla ha de ser pues el reconocer que Dios en Cristo es el que le da su solidez constitucional, su firmeza de estabilidad, su elevación sobrenatural. Es el que le da también su estabilidad continua, la perfección del amor. La familia no puede ser independiente de Dios, y la familia cristiana mucho menos. Y esto quien quiera de los miembros de la familia, que es consciente por la luz de Dios y comprende la obra de Cristo que es la familia, y comprende el plan divino grandioso que, partiendo del hecho de que según ese plan de Dios nadie debiera venir a este mundo si no fuera por amor a ése que viene. Sería el mundo totalmente distinto si todo el que nace en este mundo naciera querido antes de nacer. ¡Sería totalmente distinto! Porque en el fondo las grandes desviaciones y problemas surgen de una falta sentida de amor, cuando se debía verlo así. Pues bien, este ideal de la familia lo debe sentir cada uno de los miembros de la familia. Y entonces se sigue de ahí la consagración familiar.

¿Qué decir si los otros miembros de la familia no están de acuerdo y no participan y no lo desean? ¿Puede hacerse entonces una consagración familiar? Creo que nos puede iluminar en este sentido el diverso concepto de consagración. Cuando el Papa León XIII quiso consagrar el mundo se planteó el problema de si consagrar al mundo al Corazón de Cristo. Hizo sus preguntas a los grandes teólogos de la época, y la contestación que se le dio y que a él le satisfizo fue ésta: el Corazón de Cristo tiene derecho a reinar en el mundo, ¡tiene derecho!; por lo tanto, el Papa hace bien en reconocer ese derecho. Y entonces el Papa hizo la consagración del mundo al Corazón de Cristo. Pero fijémonos bien, el reconocer ese derecho en Cristo por parte del Papa es un acto de la solicitud pastoral del Papa a que se ha confiado el mundo entero. Y entonces él, como acto suyo, del Papa a quien se ha confiado el mundo entero, pone ese mundo entero, incluso el mundo que está alejado de Cristo, bajo la protección del Corazón de Cristo, se lo confía, se lo entrega, se lo ofrece. Pero no es un acto del mundo como tal mundo; que no es el mundo como tal mundo el que se entrega, es quien tiene cuidado de ese mundo el que lo confía. Una madre puede confiar a su propio hijo al Corazón de Cristo, aun cuando ese hijo no lo quiera como tal. Pero son actos muy distintos. Una madre puede confiar y decir al Señor: ¡Señor te confío mi hijo, cuídalo! Es una cierta manera de consagración. Es un acto. ¡Dios tiene derecho a la reverencia de ese hijo suyo!

Pues bien, en este sentido cualquier miembro de la familia puede consagrar la familia, pero en un término de

consagrar que es muy imperfecto. Puede confiar la familia continuamente al cuidado del Señor, en un acto que el Señor bendecirá porque es parte de la providencia con que el Señor cuida la salvación de esa familia. Y podrá ser el padre, podrá ser la madre, podrá ser el matrimonio, el que confía la familia al Corazón de Cristo. Es una cierta forma de consagración, quizá sea esta la manera. Como también el Papa consagra al mundo, como también la Iglesia puede consagrar una nación, pero no como acto oficial de esa nación porque no es un acto familiar como tal, puesto que no tiene las características de lo que es el acto familiar como tal, sino que es simplemente la voluntad de amor, es simplemente la voluntad de salvación que pone esa entidad, de carácter en este caso social o personal, bajo la protección del Señor y se le confía al Señor. Es **consagración en un grado imperfecto**.

Otra cosa es cuando la familia como tal decide deliberadamente consagrarse al Corazón de Cristo y asumir actualmente los compromisos que comporta la aceptación de Cristo como Señor de la familia. Esto es lo que estrictamente llamamos consagración de la familia. Y es claro que en este caso se presentan ciertos problemas sobre la preparación necesaria para hacerla dignamente. Y en algunos casos quizá no se pueda hacer porque la familia no está madura para ello; será camino largo de preparación, de conversión, de maduración hasta que llega el momento de que esa familia reunida en la tierra, como acto familiar, como acto comunitariamente hecho, a través de su jefe o a través de uno de sus miembros en el cual y por el cual

hablan todos, expresa su voluntad de que el Señor rija la familia según su santa ley. Y no solo esto como cristiano en general, sino precisamente reconociendo su amor, reconociendo esa misma realidad familiar que es obra del amor de Cristo y manifestación del amor de Cristo, con todos los compromisos de una familia que en medio del mundo ha de ser testigo de ese amor de Cristo. Ahí tendríamos la **consagración de la familia**.

La familia en sí al ser familia cristiana, santificada por el sacramento del matrimonio, es santa, pero ahora falta que la acepte. Y entretanto cada uno de los miembros puede sufrir porque no llega todavía la realización de ese ideal de la familia, y se prepara, y ora. Entonces, si llega a través de la gracia el momento delicioso y feliz de poder hacer la consagración familiar, la realiza. Tenemos también tiempo en este sentido para que todos nosotros en nuestro ambiente familiar maduremos una consagración de este tipo.

Y quedaría una palabra sobre **la consagración de una nación**. También aquí es verdad que cada uno de nosotros podemos consagrar España en el sentido este amplio, ponerla bajo el manto del Señor, confiarla al Corazón de Cristo. Pero otra cosa es cuando la nación, como nación, acepta el reinado de Cristo y acepta la inspiración cristiana de sus normas y de sus leyes, de su vida, y acepta el suavísimo reinado del Corazón de Cristo. Y a esto es quizás a lo que se refería el *Papa Juan Pablo II* en aquellas palabras vibrantes y conmovedoras, cuando con palabra fuerte decía: *¡No tengáis miedo de Jesucristo! ¡No tengáis miedo de*

meter a Jesucristo en la cultura, en la política, en la nación y en la economía! ¡No tengáis miedo! ¡Dejadle paso! Y es verdad, ¡no tengamos miedo! Pero el acto por el cual una nación, como nación, lo acepta, debe ser un acto hecho según los actos públicos de la nación. Y debe tener una preparación verdadera y no ser una imposición, porque *el reino de Cristo no es de este mundo*, no es reino impuesto con violencia, pero **es reino en este mundo**. Y ese reino de Cristo debemos buscarlo. Y aquí tenemos un verdadero peligro de dormirnos, de decir que las cosas están así. Y es verdad, hay que aceptar las cosas como son. Pero aceptar que están las cosas como son no es dejarlas estar así, sino es sentir el estímulo para que se realicen los planes del Señor, pero realizarlos a través de los medios justos, a través de los medios razonables, a través de los medios propios de lo que es una transformación de una sociedad, de una mejora, a través de la conversión de los corazones, a través de la acción, a través del apostolado..., para poder llegar a tales condiciones en las cuales la nación misma en un acto, como son los actos en los cuales la nación decide de sí misma, acepte el reinado del Corazón de Cristo.

No es éste sin duda el momento actual nuestro. Hemos de reconocerlo. No es éste pues el momento de querer imponerlo, de querer conseguirlo, de una manera o de otra, pero llegar a hacerlo, aunque sea aplastando a quien se ponga delante. Pero es el momento de poner toda nuestra fuerza y nuestra oración por conseguir que las estructuras se vayan cristificando, por conseguir que los hombres vayan conociendo y amando a Cristo, por conseguir que las

familias se vayan cristificando también. Y que así vayamos preparando un día, y aquel sería un día grandioso para nosotros, en el cual nuestra patria en un acto nacional de verdad, en un acto en el cual ejercitase su poder nacional decidiendo de sí misma como nación, decida el poner a Cristo en el centro de ella y poner a Cristo como verdadero Rey de la nación.

No tenemos que desanimarnos, no tenemos que renunciar a esto, hemos de verlo. ¡Cuántas veces hablando de las estructuras hemos dicho estructuras injustas! Es verdad que hay este Estado pero es un Estado de injusticia estructural; yo diría: estamos en una situación que todavía es imperfecta estructuralmente. Pero no se arregla esto imponiendo, se arregla transformando, se arregla trabajando, se arregla ofreciéndonos, se arregla orando. Se arregla llegando a ese cambio lento por el cual un día, ¡que hermoso sería ese día!, en que por un acto de la nación, diríamos, por un acto de las Cortes Españolas que deliberadamente se plantearan la cuestión de si aceptan a Cristo como norma suprema de la vida y de la ley, de la nación entera, y que esas Cortes representantes justas de un pueblo decidiera que sí, que Cristo, el Corazón de Cristo, la ley de Cristo, sea la ley suprema de nuestra patria como nación. Ése sería el momento, eso sería la consagración final. Y aún entonces tendríamos siempre un progreso ulterior que realizar.

Ciertamente no es éste el momento, ni es nuestra pretensión inmediata. Por eso se plantea la cuestión de cómo debe ser ese acto que queremos, cómo debe ser esta

renovación nuestra. Y ha surgido una idea que puede ser la que nos ilumine.

Lo que sí podemos hacer ahora, y lo que podemos pretender todos, es **la consagración de la Iglesia española al Corazón de Cristo**. La consagración del pueblo cristiano, de la Iglesia española dirigida por sus pastores que reconoce a Cristo como norma de esa Iglesia española, y que proclama públicamente y en cuanto Iglesia española, desde ese punto de vista, confía al amor y a la misericordia del Corazón de Cristo a la nación entera, esperando que reconozca por el camino de ese reconocimiento, empapado de libertad personal de cada uno de los hombres, que no pierde nada con aceptar a Cristo y que ganaría inmensamente llegando a aceptar su dulce reinado de amor.

Estos son los horizontes que debemos tener cuando nosotros hoy nos reunimos en esta Eucaristía. Y estas las intenciones que presentamos al cielo. Grandes horizontes, inmensos, donde cada uno de nosotros no se deja llevar por la amplitud de estos horizontes, sino que inmediatamente asume la responsabilidad de su propio campo, pero vive su responsabilidad personal y concreta con este horizonte universal, con este ideal ante los ojos. Y lo ofrecemos hoy en la Eucaristía, y lo pedimos al Padre por Cristo, que lleguen esos días, que se aceleren, en los cuales Él reine de veras en nuestras personas, en nuestra familia y en nuestra patria. Que así sea.

3

SENTIDO DE LA IMAGEN DEL CORAZÓN DE CRISTO

Homilía pronunciada el 1 de diciembre de 1978

El primer viernes pasado hablábamos en general del sentido de la consagración al Corazón de Cristo dentro de la vida cristiana. E indicábamos que hay tres niveles posibles de consagración: en la línea personal, en la línea familiar, en la línea social de la nación entera. Y de estas consagraciones matizábamos que hay una progresión en ellas, en cada una de ellas. Que hay la posibilidad de una primera consagración, que más bien es poner esa realidad de la persona, de la familia, de la sociedad, bajo la tutela del

Corazón de Cristo, y hay luego una consagración plena cuando se realiza la entrega consciente total de la persona, de la familia, de la sociedad, al Corazón de Cristo.

Correspondientemente quiero fijarme hoy en el papel de la imagen del Corazón de Cristo.

Frecuentemente, cuando hablamos de consagración de la familia, suele identificarse esta consagración de la familia con **la entronización de la imagen del Corazón de Cristo** como expresión gráfica de aquel acto deliberado, sincero, generoso, con el cual uno reconoce el reinado de Cristo a través de su Corazón y de su amor. Y sin embargo también en la imagen hay grados diversos. Y quisiera referirme precisamente a esta realidad compleja, antes de que entremos en las disposiciones, en el progreso y en la perfección de la consagración misma, y consiguientemente de la entronización de la imagen del Corazón de Cristo.

¿Qué sentido tiene esa imagen del Corazón de Cristo? Cuando san Juan contempló la escena misteriosa, que él describe en las líneas que acabamos de leer en su evangelio, cuando el soldado hiere el costado de Cristo y brota sangre y agua, esa imagen que él contempló quedó grabada en su retina y en su corazón como el sentido de toda la obra de Dios, de toda la historia personal suya, de toda la historia de la Iglesia, porque viene a sintetizar que todo ello es amor de Dios a nosotros. **Esa figura del costado de Cristo abierto del cual brota sangre y agua, quedó para él como un transparente que iba sobreponiendo, superponiendo, a**

todas las páginas de la historia de la salvación. Desde la creación del mundo, que la veía ya como expresión de aquel mismo amor, y luego las páginas del Antiguo Testamento, y la predicción de todo lo que había de venir en la obra de la Redención, y las promesas y delicadezas de Dios a su pueblo. Todo ello venía luego a culminar en ese costado de Cristo abierto que él contemplaba, y desde el cual encontraba el sentido de toda la historia precedente de Dios con el pueblo. Y con esa misma visión del costado abierto de Cristo, **contemplaba también sus encuentros con Cristo, y los signos y milagros que Él había realizado, y las palabras que Él había pronunciado,** y los pasos de toda su vida y de su ministerio público. Porque todo ello no había sido más que una expresión parcial, introductoria, de esta predicación, de este signo, de este milagro de amor que había sido su muerte de amor por nosotros. Y no solo el pasado sino, mirando hacia el futuro en su visión profética del Apocalipsis, en el cual presenta la teología de la historia del mundo, ve **también cada una de las páginas de esa historia futura como una realización de este misterio de amor.**

Esa imagen para él preside ya toda la historia y cada una de las páginas de la vida de los hombres. Y nos enseña a realizar nosotros esa misma síntesis, no arrancándonos de nuestra vida real, sino enseñándonos que esta vida nuestra real de cada día debemos verla iluminada por ese costado abierto de Cristo, por ese Corazón palpitante del Señor que está en el centro de toda la historia de la humanidad y de nuestra propia historia. Y aun los momentos oscuros, los

momentos para nosotros misteriosos del sufrimiento, del dolor, de la incomprensión, nos enseña a verlos con esta imagen superpuesta que nos ilumina en su sentido. Aun cuando no lo entendamos del todo, pero sabemos con seguridad que es obra de ese mismo amor de un Dios que ha dado su vida por nosotros. Es la imagen del Corazón de Cristo, la imagen que sintetiza lo que uno ha entendido de Dios y nos introduce a la comprensión del misterio de Dios.

La imagen del Corazón de Cristo tenemos que aprender a contemplarla y a **servirnos de ella para introducir a los hombres en el misterio más grande de la vida, que es el misterio del amor con que Dios nos envuelve día a día en el océano de sus torrentes de salvación.**

Recientemente celebrábamos, precisamente esta misma semana pasada, un seminario de teología del Sagrado Corazón en Buenos Aires. Asistían ocho obispos, veinticinco sacerdotes de aquella zona del sur de América. Y en la homilía, uno de los obispos, obispo de Concordia en la Argentina, de origen alemán, nos hacía esta confidencia que a mí me resultó enormemente aleccionadora. Nos decía aquel Señor Obispo de Concordia: “Yo aprendí la devoción al Corazón de Cristo de mi madre. Me la enseñó mi madre y la aprendí de mi madre. Y la aprendí de esta manera curiosa. Cuando yo era pequeño, yo cometía alguna de esas travesuras infantiles. Mi madre me llamaba y me decía: - vete delante del Corazón de Jesús y estate de rodillas mirándole un rato. Yo iba allí y me ponía delante y contemplaba aquella imagen, una imagen tradicional de mirada suave, dulce. Yo la contemplaba y me serenaba

aquella mirada de Jesús y me encontraba bien, y volvía de nuevo a jugar. Hasta que un día le dije yo a mi madre: - madre, no entiendo. Cuando yo me porto mal tú me mandas delante de Jesús que tiene esa mirada tan dulce, que me mira con tanto amor. ¡No lo entiendo! Y mi madre me contestó: -por eso lo hago hijo mío, por eso lo hago, para que entiendas desde ahora que, cuando tú no seas bueno, el único que te seguirá mirando con amor es el Corazón de Jesús. Y me lo enseñó desde entonces: Él mira siempre con dulzura, con amor”.

Ahí tenemos la imagen como instrumento de pedagogía familiar, como introducción a ese misterio de nuestra vida, de lo más profundo de nuestra vida. Y este hombre curtido en el trabajo apostólico, curtido en las tareas de una misión difícil que tiene que cumplir, sigue reteniendo aquella lección de su madre que le ha introducido en el Corazón de Cristo de esa manera tan sencilla, tan pedagógica, tan familiar, llevándole prácticamente ante la mirada de amor de aquel Jesús que le contempla, a sus pies, con su Corazón abierto. Ahí tenemos **la imagen en una segunda función: iniciación al misterio de Cristo, iniciación a la realidad de la vida, a la realidad de un amor de Dios que nos envuelve, a la comprensión de este misterio.** Y ésta es realmente una de las grandes finalidades de la imagen del Corazón de Cristo. Normalmente se unen estos dos aspectos.

Voy a fijarme en ese aspecto familiar, que hemos tomado como aspecto más importante para este período de

preparación a la renovación de la consagración de España al Corazón de Cristo.

En el **aspecto familiar**, idealmente yo lo propondría así, como un camino ideal, el ideal sería que el matrimonio, la pareja, al iniciar esa vida, conscientemente, al comenzar esa familia, se entreguen al Corazón de Cristo y se consagren al Corazón de Cristo. Y comprendiendo ese amor -como lo iremos exponiendo en estos sucesivos primeros viernes de mes-, que entronicen ese Corazón de Cristo. Pero un Corazón que valga para esas finalidades. No precisamente de enorme simbolismo artístico que no sirve luego para introducir en la realidad del misterio, sino como una imagen que va a servirles a ellos para el cumplimiento de su misión de introducir a sus hijos en el misterio del amor de Cristo. Y que sepa de esta manera llevarles, ese matrimonio, llevarles a sus hijos hasta la intimidad de Dios por Cristo. Y entonces esa imagen, que para los padres es expresión de una consagración realizada, para los hijos es introductoria a su propia consagración, a su propia inserción en la familia para entender el misterio de Cristo. Para que también ellos conformen vayan creciendo, vayan creciendo en una familia, toda ella, bajo el reinado del amor del Corazón de Cristo. Y entonces esa imagen sirve de introducción. **Para los padres de expresión, de una expresión dinámica**, según el progreso de su propia consagración de amor ven también en esa imagen la significación como la veía san Juan; **para los hijos de iniciación, de introducción progresiva en ese misterio de amor.**

Y ¿qué significa entonces esa imagen del Corazón de Cristo? La imagen del Corazón de Cristo, sea en el campo personal cuando uno la lleva consigo en su cartera, sea en el aspecto familiar, sea en el aspecto social -como esta imagen del Corazón de Cristo en el Cerro de los Ángeles-, es una verdadera catequesis porque **nos revela el misterio del amor del Señor**. Nos manifiesta el amor de predilección que Él tiene para con nosotros, nos hace comprender que nuestra vida no se agota en nuestro materialismo egoísta, eso que palpamos continuamente en nuestra realidad diaria en la que nos encontramos con la dureza del corazón humano, con la crueldad del corazón humano, con la insensibilidad del corazón humano, cuando nos sentimos tantas veces en medio de un mundo que nos considera como simples números. Junto a Él entonces, esa imagen del Corazón de Cristo, nos hace comprender que no somos número, que Dios nos ama en Cristo y que Dios nos ama hasta dar su vida por nosotros. Y nos muestra el amor al cual Él nos llama, a la intimidad a la cual constantemente Él nos exhorta a llegar y a penetrar. Y nos hace comprender también que Él tiene sed de nuestro amor, que Cristo, que el Padre, tiene sed de tu amor, ¡que no eres indiferente para Él!, ¡que para Él eres muy importante! ¡Que es verdad, y que se puede decir en sana teología, que Dios tiene sed de tu amor!

Y nos hace recordar la palabra de Jesús a la Samaritana, cuando le decía: -*Mujer, dame de beber, dame de beber*". En lo cual no pretendía simplemente el agua material que aquella pobre mujer le podía ofrecer, puesto que Él mismo

dirá más adelante: -*“Yo tengo otra agua, yo te puedo dar a ti otra agua.”* Habla del amor de fe de aquella mujer que Él, Jesús, le puede comunicar, le quiere comunicar. Y tiene sed de la felicidad de esa mujer, tiene sed de la santidad de esa mujer, tiene sed de que esa mujer reciba el Espíritu Santo. Y entre, de esta manera, en la intimidad de Dios.

Es pues la primera invitación de esa imagen. Manifiesta el amor de predilección que tiene el Señor a todos los hombres, y particularmente a esos que le buscan, a esos que quieren entregarse a su amor. **Y nos manifiesta, al mismo tiempo, la absoluta confianza que debemos tener en Él.** Y necesitamos esa confianza absoluta en su amor.

Al ver así a Dios con el corazón abierto, al ver así a Dios que nos busca y que nos ama, nos libera de ese peso que a veces nos oprime, de nuestra miseria, de nuestra impotencia, de nuestro pecado que a veces nos hace sentirnos rechazados por Dios. Y sin embargo ¡no es verdad! Es Él el que nos abre torrentes de misericordia. Sólo hace falta que vayamos hacia Él. Sólo es necesario que sepamos acoger su invitación de amor que nos espera, con los brazos abiertos es poco, ¡con el corazón abierto de par en par! Ésa es la imagen del Corazón de Cristo. Por eso está ahí como indicación del amor, como dice la Iglesia, para que sea refugio para los pecadores. Eso que esa madre de ese actual Obispo de Argentina se lo hacía vivir de una manera práctica, que en el momento en que él cometía alguna de esas travesuras le hacía recurrir al refugio del Corazón de Cristo y le hacía sentir su acogida de amor, de dulzura.

Siempre somos niños, y siempre necesitamos ese consejo de una madre. Y ¡qué madre como María nuestra Madre, la Virgen, la Inmaculada! -en cuya novena nos encontramos-, para que nos introduzca Ella hacia ese Corazón abierto de Cristo. Y para que nos enseñe, en nuestras propias miserias, a poner nuestra confianza en Él, siempre que nos arrepintamos sinceramente y deseemos agradecerle a Él. Y ahí nos abre a la confianza. Esa confianza de la cual tenemos tanta necesidad.

El mundo se pierde por desconfianza. Busca una confianza en sí mismo, en sus propias fuerzas, en sus propias progresivas iniciativas, ideas, proyectos. Ahí parece que pone toda su confianza. Y cuando después de tantos intentos de progreso, de elevación, se encuentra en esos fracasos tan tremendos, el hombre se hunde porque ya ha perdido toda confianza en sí mismo, sin comprender que cuando ha perdido la confianza en sí es cuando empieza a abrirse a la confianza en Dios. Ahora es el momento de confiar en Él. **Y ahí está siempre el Corazón de Cristo abierto para ser refugio para los pecadores y lugar de descanso para las almas que le aman.**

Pero al mismo tiempo esa imagen nos indica más. O expresa esa realidad existente o nos introduce en la persuasión clara de que **ese amor de Cristo tiene que ser la regla de nuestra vida: que en medio de nuestra vida tiene que haber un corazón como el de Cristo**, que nuestra vida tiene que ser perfectamente la civilización del amor, como proclamaba Pablo VI, a partir del año 1975, con una insistencia como de una visión profética, e incitaba tanto a

construir la civilización del amor. Porque esta civilización nuestra es la civilización de la materia, y lo que requiere el mundo nuestro de hoy es una civilización de amor. Y es necesario que el centro de la familia sea el amor, y es necesario que en el matrimonio se mantenga vivo el amor, y es necesario que en la persona el centro y el móvil de toda su vida sea el amor. Por eso nos hace entender que ése es el centro. Así como en la vida de Cristo todo nos viene de ese Corazón y de ese amor, así en la vida de cada uno de nosotros ha de venir de un corazón y de un amor que no puede ser sino participación del amor de Cristo. Y es otra lección para nuestra vida. Buscamos el remedio del mundo. ¡No está fuera del amor y no se encontrará fuera del amor! ¡Y no se encontrará en el aplastamiento de los demás, sino que reine de veras el amor! Y todo cristiano tiene que ser heraldo de ese amor: *“Amaos los unos a los otros”*.

Hemos de pedir el corazón bueno como el de Cristo. Por eso, cuando en momentos en los cuales sentimos la lucha de la agresividad e incluso del odio, que empieza a brotar en nuestro corazón, esa mirada, esa imagen, nos enseña que el secreto del todo está en el amor. Y en el amor que sabe sufrir, y en el amor que no madura sino a través de las espinas y de la lanzada y de la cruz. Y sólo así llega a su plenitud, sólo así llega a la realización suprema del amor. No imaginemos un corazón muy dulce sin espinas, sin cruz, que no existe; sino que, a través de ellas, sea en el matrimonio, sea en el amor de los hijos, sea en la construcción de la sociedad, tenemos que llegar a la plenitud de los planes de Dios.

Tenemos pues en ese Corazón esas significaciones: Manifestación del amor de Dios, confianza en Él; segundo, lección de que ese amor ha de ser la regla de nuestra vida.

Pero es que además **esa imagen**, como sucede con el sol en medio de las nubes y de las nieblas, **disipa todo lo que le es contrario**. Aun cuando esa familia, como tal familia, no esté consagrada al Corazón de Cristo, si tiene ahí esa imagen y empieza a prestarle la veneración que le corresponde, y empieza a mirarla con una mirada contemplativa, serena, y vuelve a ella esa mirada, comprenderá que con esa imagen de ese amor del Corazón de Cristo, no es compatible la existencia de otras imágenes, la existencia precisamente de otras escenas, la existencia de otras amistades. Por eso muchas veces hoy tendemos tanto a secularizar nuestra familia y nuestra vida, porque nos va más cómodo, porque la imagen misma del Corazón de Cristo nos estorba, porque no nos deja descansar en una visión materialista. Y es penoso que la familia cristiana parece que cada vez más se seculariza en sus signos exteriores. Y no sólo la familia civil, sino la misma familia religiosa como que se avergonzara de tener en el centro de su vida el amor de Cristo, porque disipa todo lo que opone a Él.

Y por fin **otro valor de esa imagen**: proponerla, presentarla, tenerla como iniciación, como una lección continua de una pedagogía que se enseña continuamente, **tiene el gran valor de llevarnos a la superación de todo respeto humano**. Siempre en la vida nuestra humana, este respeto humano, esta vergüenza ante los demás, ha jugado

un papel importantísimo. ¡Y cuántas traiciones por respeto humano! Es también hora que rompamos el respeto humano, es también hora de que presentemos esa imagen con valentía, que no nos avergoncemos de profesar la fe en Jesucristo, el Hijo de Dios vivo que ha dado su vida por nosotros, porque *“el que se avergüence de Mí delante de los hombres, también Yo me avergonzaré delante de mi Padre que está en el cielo”*. Y cuando uno presenta esa imagen y la lleva consigo sin respeto humano, supera ese gran enemigo de lo que tiene que ser su caminar limpio hacia el Señor.

Éste es el sentido de esta imagen del Corazón de Cristo, esa imagen que está en correspondencia con la consagración que puede ser introductoria. Cuando se hace la consagración de una familia se empieza por la bendición, y se hace la entronización de esa imagen. Diríamos que puede comenzar una consagración. Y yo os exhortaría a ella a todos los que estáis presentes, para que nuestra presencia aquí no sea sólo teórica sino práctica, a que como fruto de este día de hoy -este último primer viernes del año 1978-, os decidáis a llevar con vosotros la imagen del Corazón de Cristo, os decidáis a ponerla en vuestra familia, a tenerla. Una imagen digna, buscada así para esos efectos, que sea de gusto bueno pero al mismo tiempo que sea realidad la manifestación de ese amor. Que sirva para esos efectos que hemos indicado, que sea realmente expresión del misterio de amor del Corazón de Dios que ha de ser la verdad fundamental de toda nuestra vida.

Cuando san Juan en su evangelio habla de *'la Verdad'* con artículo y con *'V'* mayúscula, nos explican los exegetas, en

los estudios más recientes, que se refiere al amor con que Dios nos ha amado y que se nos ha revelado en Cristo, su Hijo, que ha dado su vida por nosotros pecadores. Ésta es *'la Verdad'*, esto es lo que tiene que dominar nuestra vida. Y no tenemos que avergonzarnos de que nuestra familia, de que nuestra persona, esté presidida por esta fe, porque creemos y sabemos que *'la Verdad'* de nuestra vida es que Dios nos ama. Y nos ama en Cristo que ahora mismo, con Corazón humano palpitante, está cerca de nosotros y nos abraza en su amistad. Que así sea.

4

LOS GRADOS DE LA CONSAGRACIÓN: CONSAGRACIÓN BAPTISMAL, PERSONAL, RELIGIOSA, FAMILIAR

Homilía pronunciada el 5 de enero de 1979

La gruta de Belén es el lugar donde termina y donde comienza el nuevo año. Diríamos, que en la intersección, en la intersección de los dos años, en la intersección de la ancianidad que va terminando y de la fuerza juvenil que se va abriendo, está el Niño de Belén entre la adoración y los cuidados de María y de José, está la Sagrada Familia. Y este año que se abre, y en el cual, con la gracia de Dios, a pesar de los obstáculos y a través de todos ellos, vamos a realizar una renovación fundamental de nuestra vida cristiana -que

el Señor en su disposición providencial va llevando de esta manera a su culminación-, vamos también a partir de esta cueva de Belén.

El Corazón de Cristo late ahí, nos da el sentido de esos Misterios, que no podemos comprender del todo hasta que no hayamos contemplado el Costado abierto de Cristo en la cruz. Porque **esos Misterios de la infancia son silenciosos**. Y son silenciosos, en primer lugar, porque si notamos, los personajes de esa Sagrada Familia guardan silencio. En todas las escenas del Nacimiento no se cuenta en el evangelio ni una sola palabra de María y de José. Se dice que los pastores salieron y contaban lo que habían visto, se nos dirá también que el anciano Simeón y la anciana Ana cantaban a Dios. Pero sorprende que en todas ellas, en todas esas escenas, María, José y el Niño están en silencio. La primera que les veremos pronunciar será a los doce años de Jesús, cuando se quedarán en el templo en un momento decisivo de su vida. Es pues Misterio de silencio.

Y también es misterio de silencio en cuanto al contenido de su mensaje. Si no tuviéramos más que las escenas de la infancia, sólo de ellas no deduciríamos un mensaje para nosotros. El mensaje lo descubrimos como fruto de la revelación ulterior de Jesús. Cuando Él habla a lo largo de su vida y nos explica lo que es Él, lo que es el plan del Padre, lo que es el amor con que el Padre da a su Hijo por nosotros, entonces volvemos a estas escenas y comprendemos, con su sentido inmensamente rico, el sentido del amor de Dios, el sentido de su entrega total, el sentido de la Palabra que se ha hecho infante, que se ha hecho silenciosa, que se da así,

sin palabras, para corregir aquel defecto nuestro por el que hablamos mucho sin entregarnos jamás. Y así llegamos, a través de la luz del Costado de Cristo, a entender los latidos de ese Corazón que está ahí, en esa gruta de Belén, que está ahí entre los cuidados de María y de José, que parece que no cae en la cuenta de nada de lo que está sucediendo y que sin embargo es el que sostiene todas esas escenas. Es el que hace latir el corazón de su Madre, es el que a través de los ángeles que le sirven llama a los pastores, es el que pone corazón de cuidados y amores en San José, es el que va trayendo todos los que son llamados para venir allí y adorarle. ¡Y el que aparentemente, ni cae en la cuenta de lo que está sucediendo! Es ese misterio maravilloso de la lección suprema del amor en el ambiente de la familia.

Es ese misterio el que de una manera especial se repite en la Eucaristía, en la Eucaristía, donde de nuevo se hace Palabra sin sonido, se hace Palabra encarnada. Se hace Palabra ahí, bajo las especies del pan y del vino, cuando parece que no es nada ni es nadie; sin embargo, es el que sostiene los corazones de todos vosotros que habéis venido aquí movidos por Él para acercaros a Él. Aparentemente algo que no se explica, pero en realidad algo que se vive en el fondo del corazón, porque ese que llama, se entrega y se da así. Como a los pastores los enriqueció y ellos vinieron a adorarle y luego se marcharon porque no eran don. Traían dones pero no eran don. Y ellos se marcharon, pero llenos también de la gracia del Señor que les acompañaba y que los ponía dentro del corazón un tono de vida nuevo porque

¡les había nacido el Salvador! Y anunciaban a cuantos encontraban en el camino que había nacido el Salvador.

Así también nosotros salimos del contacto eucarístico llevando dentro de nosotros la presencia de ese Cristo. Presencia también interiormente impalpable, intangible, pero realista, porque vivifica nuestra vida. Y se hace advertir por el tono que le da la calidad interior que le comunica las virtudes interiores que va desarrollando en nuestro corazón, y que nos hacen salir del encuentro con Cristo renovados interiormente y dispuestos a vivir los planes del amor de Dios. Por eso en esa Sagrada Familia, podemos ver el punto de partida para este año nuestro, de nuestra consagración, en la catequesis de la consagración al Corazón de Cristo.

Habéis venido a pesar de las circunstancias difíciles, a pesar de este periodo del año, de estas vísperas de Reyes en el que familiarmente tiene tantas atracciones y presenta tantas dificultades, para esta empresa de venir hasta aquí. Habéis venido en número notable. Y habéis venido representando a los que no podían venir, sin interrumpir estos viernes que seguiremos celebrando fielmente. Y habéis venido para escuchar esta catequesis participada en esta Eucaristía, y poner más adelante en movimiento, familiarmente, en lo que es la familia natural, en lo que es la familia religiosa, para vivir familiarmente los planes de Dios. Por eso voy a tratar de decir unas palabras a partir de este Misterio, del Misterio de la cueva de Belén, del Misterio de la familia de Nazaret, para que nos sirva para

prepararnos también nosotros a la realización de esa consagración.

Hablábamos ya en días precedentes de lo que la consagración es, en un cierto sentido teológico, de los matices que puede presentar cuando se trata de la consagración de una entidad social, como es la familia o es la nación. Y hablábamos de la imagen y del sentido de esa imagen que se expresa, se presenta y se propone, y lo que lleva consigo de riqueza también como instrumento pedagógico.

Hoy voy a indicar **los grados de consagración** -luego iremos viendo cómo los subimos-, la posibilidad de grados de intensidad de consagración, cuándo se hace una consagración, cuándo se renueva una consagración, cuándo se hace una consagración nueva, no sólo se renueva la que uno tenía hecha, sino se hace una nueva consagración.

Toda consagración -lo indicábamos ya-, **toda consagración es iniciativa de Dios**. Es verdad. La misma consagración bautismal no es simplemente obra del hombre, es Dios el que nos llama a su familia, es Dios el que nos invita a entrar en ese círculo trinitario. Y cuando por la gracia de Dios nosotros accedemos a su llamada y nos ofrecemos, Él nos asume en ese círculo trinitario. Aun cuando eso haya sido en un período en el cual no caíamos en la cuenta, aun cuando haya sido en ese momento del Bautismo del niño pequeño, que antes de que haya tenido uso de razón ha sido introducido ya en el ambiente de la familia de la Trinidad. Diríamos que Dios quiere que el niño nazca en la familia

trinitaria, en esa familia que tiene su reflejo en la familia de Nazaret, su reflejo; tiene como una cierta visibilidad. Y así el Señor quiere introducirnos a la intimidad del Padre poniéndonos al mismo tiempo en la intimidad de su Madre misma terrena. Eso es una consagración, iniciativa de Dios con aceptación del hombre.

Cuando luego ese niño llega a la edad adulta y toma conciencia de lo que es Dios, del amor de Dios que le ha llamado, que le ha envuelto, entonces renueva su consagración. Diríamos, hace conscientemente lo que en aquella consagración se contenía, pero además con conciencia del amor que en esa consagración primera se implicaba, cayendo en la cuenta del designio amoroso de Dios. Esto más bien, diríamos, es aquella misma consagración hecha consciente, vivida. Es pues la misma consagración. Pero esa consagración lleva consigo el compromiso de cada uno de nosotros, un compromiso que asumimos al hacer consciente esta consagración. Y el compromiso es el de vivir nuestra fidelidad al Señor, nuestra fidelidad de amor, el vivir conforme a lo que somos: hijos de Dios.

Y entonces, una de las condiciones de esta fidelidad de hijos de Dios es la de que cuando Él nos invita, nosotros lo aceptamos, que cuando Él nos pida algo nosotros se lo hagamos, respondamos a sus exigencias. Y no sólo en lo que es materia de pecado sino también en lo que es materia de perfección y de delicadeza. Y así todo cristiano, por el hecho de serlo, tiene que responder a lo que Dios le pide aun en cosas de exigencia de la gracia. No vale decir: -yo no soy

religioso, no soy sacerdote, yo no soy monje, por lo tanto con no pecar tengo bastante. Esta actitud no es cristiana, no corresponde al compromiso bautismal de quien ha sido admitido a la intimidad de la familia de Dios. Por lo tanto, no es perfecto cristiano quien no responde positivamente a las exigencias del Señor. -¡Ah!, ¿entonces igual que los religiosos? No, porque las exigencias del Señor no son las mismas. Pero nadie puede limitarse a no pecar porque estamos en este mundo no solamente para no pecar, sino que nuestra consagración bautismal nos hace ser hijos queridísimos de Dios. Y hemos de vivir como hijos queridísimos que viven la intimidad del Padre, como hijos que conocen la bondad del Padre y le aman, y expresan ese amor a lo largo de toda su vida, toda la vida vivida en la presencia del Señor.

Pero sucede que, en este progresar respondiendo al Señor, hay una continua renovación de la primera consagración. Podemos decir que esa consagración es bueno renovarla incluso cotidianamente porque es como reafirmar la voluntad de ser de Dios, reafirmar la voluntad de ser objeto del amor de Dios y de responder al amor de Dios. Es la consagración al amor de Cristo renovada. Renovada continuamente día a día, más particularmente en determinadas fechas que tienen un cierto significado humano. Concretamente en un comienzo del año, al término del año, en un comienzo del mes, esto que hacemos nosotros aquí en esta nuestra reunión mensual en la celebración de esta fiesta del Corazón de Jesús. Y sería bueno que hiciéramos -y lo podemos hacer en adelante-,

renovar nuestra consagración. Es un renovar la consagración.

Pero hay momentos en los cuales uno hace una nueva consagración. Es el caso del religioso, de la religiosa, que siendo fiel a las llamadas del Señor, comprende que en un determinado momento el Señor envuelve su corazón con su amor, y comprende que ese amor es de tal categoría, es de tal exigencia y es de tal intensidad, que les hace entender que Dios quiere, que Jesucristo quiere, que lo indivisible de su corazón esté puesto en sólo Él. Que Él le llama a un seguimiento corporal, a dejar todo lo demás para dedicarse sólo a ese seguimiento corporal de Cristo-en-la-Iglesia. Y entonces, siendo fiel al compromiso bautismal, dice un 'sí' a la exigencia del Señor, y entonces se encuentra en una situación estable, definitiva, nueva. Y en esta situación estable, definitiva, nueva, realizada precisamente por la exigencia del amor del Señor y la invitación de ese amor, acepta esa invitación del Señor y realiza su respuesta según la exigencia, haciendo donación total de sí mismo. Es el momento de una nueva consagración. Será la consagración religiosa vivida también bajo el signo de ese amor. Y entonces el Señor le acepta y el Señor entonces le consagra.

Notemos bien este punto que yo quiero insistir. Es éste, que en **toda consagración la iniciativa es de Dios**, es la gracia que mueve, no es una pura voluntad del hombre. Pero además esa gracia que mueve, mueve sí a ofrecernos a Dios, pero no bastaría nuestro ofrecimiento a Dios si ese ofrecimiento no viniera a ser **coronado con la acción de Dios que acepta nuestro ofrecimiento y lo sella, y nos**

establece de manera definitiva en esa nueva relación personal con Cristo.

Y ahí tenemos una consagración religiosa, ése es el caso de una consagración religiosa. Pero puede darse en el orden de la vida personal, de una persona, un momento en el cual hay una exigencia del Señor que le hace notar que le pide como una situación espiritual nueva de generosidad, de entrega, de renuncia. Y ése es el momento en el cual uno, accediendo a la invitación del Señor, renueva su consagración. Ya no es simplemente la de antes, es una nueva consagración. Es la consagración por la cual asume esa invitación del Señor y se coloca de manera estable y definitiva en esa relación personal con el Señor. Hay pues nuevas consagraciones.

Y entre esas nuevas consagraciones puede haberlas también hasta los grados superiores de la vida espiritual y mística. Y tendríamos que el mismo matrimonio espiritual, de que nos habla santa Teresa, sin duda participa del carácter de una consagración en ese nivel, con esa exigencia, en esa dedicación de amor, en esa limpidez de entrega, que significa también la llamada del Señor, para quedarse establemente en ese nivel y trabajar por mantenerse fiel a Él. Son pues nuevas consagraciones. Tenemos que, en la fidelidad a la propia consagración, esa consagración se va purificando, se va elevando, y pueden llegar momentos de situación definitiva. Esto es en el orden personal.

Y en esta misma línea habría otro matiz interesante: **¿Cuándo podría haber una nueva consagración?** Cuando incluso, por las condiciones humanas permitidas o queridas por el Señor, la persona se encuentra definitivamente en una condición humana, en una condición humana que la gracia recoge, que eleva y santifica.

Vamos a poner un ejemplo de esto, de una nueva consagración. Esta persona que va haciendo su consagración, la va renovando día a día, año por año, llega un momento en que entra en el matrimonio. Esta nueva condición de vida puede ser la circunstancia providencial para su propia consagración personal nueva. No hablo ahora de la consagración familiar, la consagración personal nueva en esta nueva condición de vida.

Y hay otro caso: Uno que, por la voluntad permisiva y providente del Señor, cae en una enfermedad crónica, definitiva, éste puede consagrarse de nuevo, hacer una nueva consagración, la consagración del enfermo que acepta su enfermedad, que acepta la misión que esa enfermedad lleva consigo, que acepta el amor con que Dios lo ha permitido a pesar de que no ve el sentido de esa enfermedad. Pero en un amor pleno, luminoso en la oscuridad de la fe, acepta esa misión y se consagra como enfermo a los planes de Dios. Hay una consagración nueva. No es simplemente la misma, no, es una nueva porque el Señor le ha colocado en condiciones nuevas y él asume esa misión nueva por los caminos que el Señor ha permitido. Veis la diferencia que es fundamental: si una persona que está viviendo su consagración normal cae enferma de una

enfermedad momentánea, de una gripe, no es ese consagrarse como enfermo porque no es consagración definitiva. No es estado definitivo, es simplemente como un episodio de su vida normal, no es como una vocación. Quien cae en una situación definitiva de este tipo es como una vocación de Dios, doloroso quizás humanamente, pero grandiosa en los planes de Dios. Y entonces viene la consagración, consagración nueva del enfermo, consagración en la aceptación de la cruz, en la aceptación de los planes de Dios. Consagración de vivir, en la alegría y en el *Magnificat*, los planes del Señor a través del sufrimiento y del dolor de sus miembros destrozados.

Pues bien, esto mismo puede suceder en la familia. Hablábamos de la condición de **la consagración de la familia**. La familia debe renovar su consagración, la familia. No es lo mismo que la consagración bautismal. No es lo mismo, porque la consagración bautismal se expresa luego en la consagración personal dentro de la familia. Pero la familia como tal es una entidad nueva. Es la entidad social que se constituye, no simplemente por el matrimonio, que sería sólo la sociedad matrimonial, sino después, como derivación del matrimonio, por la presencia de los hijos y la constitución del conjunto familiar. Y ese conjunto familiar se ofrece a Dios porque viene de Dios. La iniciativa de ese matrimonio ha venido de Dios si hemos procedido como se debe proceder. Y ha sido Dios el que ha constituido, y ha sido Dios el que lo ha cuidado, y ha sido Dios el que lo está enriqueciendo y le está dando las cualidades de todos los

aspectos constitutivos de la familia. Y la familia, entonces como familia, lo reconoce. Y la familia entonces se entrega y hace su consagración.

Dios la ha hecho, la ha elevado, la ha santificado. Le invita a reconocer esa riqueza de su amor y a vivir de ese amor. Y la familia responde a esa invitación, como ser humano social elevado al orden sobrenatural, y se consagra. Y el Señor acepta esa consagración. Y por eso es conveniente que esa consagración se haga con un acto litúrgico, en el cual se acepta el plan de Dios, y Dios acoge la familia y la sella como familia suya, como lugar donde se debe reflejar los planes de Dios, siendo como una prolongación de la familia de Nazaret, modelo supremo, viviendo las virtudes de la familia cristiana. Porque la verdadera realización de la consagración no es una fórmula, sino que consiste en vivir las virtudes propias reflejo de las virtudes del Corazón de Cristo. Diríamos que la familia consagrada humana debe aprender las virtudes de la familia de Nazaret y vivir las virtudes de la familia de Nazaret. Y vivirlas en medio del mundo, como ellos lo vivieron, en medio del mundo agitado como el de ellos, en un mundo que estaba entonces en revolución y en agitación, en medio de ambientes de lucha, de guerrillas, y que tiene que huir a Egipto, y que tiene que vivir en medio de las circunstancias semejantes a las nuestras, pero vive la riqueza del misterio de la fe. Eso es lo que pretende esa familia.

Y entonces esa familia, viviendo esta consagración, la renueva. Y la renueva cada día, la renueva cada mes, la

renueva cada año. Y va renovándola. Pero puede haber momentos en los cuales la familia se encuentra en una condición nueva, porque ha caído en la desgracia, o porque ha caído en la miseria, y la acepta, y se consagra; o porque se ha encontrado en una situación nueva diversa, en una llamada nueva al Señor. Entonces hay consagraciones de grados diversos. Consagraciones incluso en una dedicación apostólica como el Señor puede llamar. No vamos a creer que ése es el ideal de toda familia, pero no cabe duda que Dios, en su amor a una familia, la llama a veces a una misión familiar apostólica, en la cual incluso como familia comprende como misión suya, especialísima, la dedicación a ese amor del Señor y la extensión de ese Reino de Cristo. Y entonces esa familia, diríamos que en cierta manera, es llamada por el Señor a un seguimiento como familia. Desde luego muchas veces como matrimonios está claro, pero aún como familia. Entonces tenemos una familia en la cual el Señor particularmente se complace, y a la cual asume e invita para que acepte ese nivel de su llamada y se consagre a ese nivel de entrega como la familia de Nazaret. Son pues niveles, progresiones, grados, siempre según el mismo esquema, a la invitación del Señor y la respuesta del hombre sellada por el amor y la acogida del Señor.

Éste es pues el horizonte que se nos presenta. No son puras teorías. Éste es el misterio de la vida de cada uno de nosotros. Es la verdad del Señor que nos busca.

Por eso el Señor nos dice a cada uno de nosotros, nos llama a cada uno de nosotros, nos pone delante a todos, el ejemplo de aquella familia de Nazaret. ¡A cada una de las

familias! Cada una de ellas tiene que enfrentarse con el Misterio de Belén. No simplemente como una cuestión idílica para ocuparse en otras fiestas y alegrías, sino para mirarse en ese espejo y ver cómo va reflejando en sí las virtudes, esas virtudes de la familia cristiana, la aceptación de esos valores fundamentales, que hemos de salvar por encima de todo, por los cuales hemos de luchar continuamente, y que hemos de reflejar en nuestra vida con las virtudes del Corazón de Cristo.

Así también nosotros nos encontramos al comienzo del año en el Misterio de la familia de Nazaret. También en ella vemos pasos como definitivos. Vemos en ella desde el Nacimiento en Belén, la Presentación en el templo, vemos luego la vida escondida en Nazaret, y vemos esos momentos definitivos también en que Jesús de queda en el templo y entra con un nuevo nivel en aquella vida. Y en todos ellos *María vuelve silenciosa rumiando todo lo que había sucedido en el fondo de su Corazón*, enseñándonos esa ponderación de fe de los Misterios aparentes, ininteligibles, que rodean a la vida familiar, para profundizar cada vez más en la intimidad del Señor y en el cumplimiento de sus planes.

Como terminación de esta indicación y de esta orientación abierta, yo quisiera, en el nombre del Señor, exhortaros a responder a Él. Cuando hace pocos días tuve la dicha de asistir a una Audiencia del Santo Padre en Roma, me conmovieron sus palabras que quiero transmitirles, con sus consignas, el día *30 de diciembre*, hablando a la *Acción Católica Italiana*.

En unos de los momentos decía estas palabras, que yo quisiera que las escucharais como de labios del mismo Cristo. Les decía así, teniendo presentes a los 650.000 inscritos de la *Acción Católica Italiana*: *Yo les digo a cada uno: Ánimo, sé fuerte y generoso. Yo confío en ti. Haz honor a Dios, a la Iglesia y al Papa.* Esta palabra quisiera que la oyerais cada uno porque él seguro la dirige a cada uno. Y lo hace, no a título personal, sino en nombre de Cristo: ***¡Ánimo, sé fuerte y generoso! ¡Yo cuento contigo! ¡Haz honor a Dios, a la Iglesia y al Papa!***

5

LA PRESENTACIÓN DE JESÚS EN EL TEMPLO, MODELO DE LA CONSAGRACIÓN FAMILIAR

Homilía pronunciada el 2 de febrero de 1979

Queridos hermanos: En nuestro programa de preparación para renovar nuestra fe en el amor de Jesucristo y renovar nuestra respuesta de amor, la fiesta que hoy precisamente celebra la Iglesia, en este primer viernes, nos puede dar una lección fundamental. Estamos atendiendo muy particularmente, insistiendo en esa catequesis de la consagración de la familia. Y aquí vamos a ver una acción de esta Santa Familia que es modelo nuestro, y que nos va a

indicar el camino para vivir de veras nuestra consagración al Señor.

El evangelio que acabamos de leer es profundo dentro de un marco sumamente normal, que ha de ser la característica siempre de nuestra vida de consagración al Corazón de Cristo, dentro de un marco sencillo. La sencillez, la limpidez, son características del Espíritu de Dios. Y en ese marco sencillo se viven los grandes Misterios, se viven las grandes realidades.

Es sorprendente, en el evangelio que acabamos de leer, la insistencia en ***el cumplimiento de la ley, según estaba prescrito en la ley, una vez que cumplieron lo que la ley mandaba, para hacer con Él lo que la ley prescribía.*** Al menos cinco veces aparece esa fidelidad a la ley. Y es que María y José, viviendo como vivían en docilidad a Dios comprendían que esa ley, válida para ellos, era el signo de la voluntad de Dios. Y les parecía lo más natural el seguir las indicaciones de la ley de Dios. Donde hay una norma dada por el Señor, lo da el evangelio como obvio, que María y José la cumplían. Es el Espíritu del Señor, es la sencillez muy lejos de todo lo que puede parecer espíritu de excepción, espíritu de rareza, espíritu de búsqueda de cosas extrañas y raras.

Y así, en el cumplimiento de esa ley, ***llevan a Jesús a Jerusalén.*** Aquí vamos a ver la acción de una familia, una familia que cumple la ley de Dios. El Señor les guía a través de las normas de la ley.

El anciano Simeón por su parte -porque aquí tenemos el gran Misterio del encuentro, y toda consagración es un encuentro-, el anciano Simeón es preparado por la acción del Espíritu Santo. “El Espíritu Santo estaba en él. El Espíritu Santo le había prometido que no moriría sin encontrarse con el Mesías”. Y aquel hombre anciano tampoco extraordinario seguramente, un hombre normal, quizás con sus rarezas de anciano, pero allí estaba lleno del Espíritu Santo, que no está reñido, aun cuando a nosotros nos parezca imposible, y no está reñido, con esas debilidades, con esas flaquezas propias de la edad. Y el Espíritu descansaba en él y se complacía en él y le había prometido que vería al Salvador. “Y el Espíritu Santo le movió a ir hacia el templo”.

Tenemos pues la acción del Espíritu que mueve a María. Es el Corazón de Cristo de aquel Niño, de aquella Palabra silenciosa, que aparentemente ni cae en la cuenta de lo que sucede alrededor, pero que en realidad es el que está moviendo el corazón de todos ellos, está moviendo los pasos de todos, el que tiene en sus manos los hilos de todas aquellas vidas y el que está moviendo a María, su Madre, a que le lleve, a que le lleve al encuentro del anciano Simeón, imagen del encuentro de Dios con la humanidad anciana, decadente, con el hombre viejo. Y viene a María, como instrumento de Jesús, movida por Él, que lleva a Jesús. Que es lo que nos sucede siempre a nosotros. Siempre el Señor nos mueve a que le llevemos porque el Señor se acerca a los hombres a través de los que lo llevan.

Y así Jesús mueve a María a que le lleve, cumpliendo la ley, al templo para encontrarse allí, mientras se ofrece al Padre,

con Simeón, con la humanidad, en esa **unión inseparable de esos dos elementos que han de sellar siempre nuestra consagración al Señor.**

En el consagrarnos a Dios nos encontramos con los hermanos necesariamente, siempre. Nunca consideremos la consagración como una separación. Hay consagraciones que separan al hombre materialmente de la humanidad: es la consagración de una vida monástica, es la consagración de una vida eremítica. Los hay, son llamadas del Señor. Pero no toda consagración por su esencia lleva esto. Consagración no es separación. **Consagración es unión con Dios y compenetración con Él, participación de sus sentimientos que suelen ordinariamente llevarnos a integrarnos más en el mundo en el cual estamos, para infundir en ese mundo el Corazón de Dios.**

Aquí tenemos pues Simeón y Jesús, en los brazos de María que lo lleva hasta el encuentro con el anciano Simeón. Todo obra del Espíritu del Señor.

Y María y José van juntos. Es una familia la que sube a Jerusalén. Tal es así que san Lucas dice una frase estrictamente hablando incorrecta. Dice: *“Cuando llegó el tiempo de la purificación de ellos”*. La purificación era siempre de la madre que había tenido un hijo, y sin embargo él llama *“la purificación de ellos”*. Quiere decir que todos estaban de alguna manera comprometidos en el cumplimiento de esta purificación. Y que ahí es donde se unen una serie de Misterios uniendo a la Purificación de

María la Presentación del Niño en el templo y el ofrecimiento de aquel sacrificio que estaba prescrito por la ley. Es pues una familia que sube a Jerusalén hacia el Señor.

Y María y José en silencio. Es sorprendente también cómo en estas escenas María y José callan, no hablan. Nos enseñan el lenguaje elocuente de los hechos, que **la consagración** no consiste en palabras bellas y hermosas y poéticas, sino **puede hacerse en perfecto silencio exterior**.

Y María y José caminan y llegan, *suben*. Esta palabra en San Lucas "*subieron a Jerusalén*" es una palabra que está connotando en él, que está haciendo resonar, *la subida a Jerusalén para la Pascua*, para el Calvario. Es ya una anticipación de aquella subida a la Pascua definitiva y final, es ya una imagen de lo que será el sacrificio de la cruz donde estará también María con Jesús. También allá. Y María con José silenciosamente llevando al Niño suben a Jerusalén y suben al templo, "***subieron a Jerusalén para presentarlo al Señor***".

Presentarlo, ese '*presentar*' es palabra litúrgica. *Presentar* es lo que se hacía con el sacerdote, diríamos, consagrar al sacerdote, *presentarlo*, o lo que se hacía también con la víctima, *presentar a la víctima*. Pues bien, María y José van a *presentar, presentar, ofrecer*. Van a entregar, van a eso, a hacer una consagración, la consagración de aquel Niño primogénito que era ya santo. No para hacerlo santo, lo era, para declarar esa santidad que ya la tenía, para ofrecerlo al Padre en sacrificio verdadero. Estaba prescrito por la ley,

exteriormente no hacía más que lo que hacían todas las demás madres cuando habían tenido al primogénito. Igual que todas. Había un rito, había una fórmula, y María la sigue al pie de la letra.

Nunca pensemos que la vitalidad de nuestra liturgia va a depender de la imaginación que tiene el que la lleva adelante, o de las cosas raras que se pueden montar en torno de ella. No es eso, es vivir de veras la liturgia, es vivir lo que contiene. Y si nos hacemos presentes a ese misterio veríamos cómo en realidad hay una fila de mujeres con su niño que se acercan hasta el sacerdote que espera allí en la puerta delante de las mujeres. Y ellas van pasando con un rito normal: levantan su niño, le dan al sacerdote, el sacerdote lo retiene un momento, lo devuelve. Y así van pasando todas. Y entre ellas pasa María, y pasa desapercibida exteriormente, y Ella hace el mismo gesto. Mirando esa fila de mujeres desde fuera no se ha notado ninguna diferencia; quizás en la verdad de su acción, quizás en la sinceridad de su gesto, pero la acción es la misma, es la acción ritual. Y el sacerdote toma ese Niño y lo devuelve a su Madre y Ella parte. ¡Y se ha realizado un hecho de valor definitivo, el hecho de la entrega verdadera de María en nombre de la humanidad, que ofrece Cristo al Padre como lo hará en la cruz! Es el contenido de las cosas lo que vale. En ese gesto vivido, en la Eucaristía que nosotros vamos a celebrar ahora, se renueva ese gesto. Nosotros lo ofrecemos en silencio. Si comprendiéramos el valor de lo que es ofrecer en silencio, pero ofrecer de verdad.

María ha hecho de veras su ofrecimiento. Ella conscientemente, sabiendo lo que tiene en sus manos, el tesoro maravilloso, como Madre de aquel Hijo y como criatura de aquel Dios, lo toma en sus manos, lo levanta y dice: *-Si quieres*. Sabiendo que el Padre lo quiere, sabiendo que lo acepta, sabiendo que aquella oblación es verdadera, y Ella lo dice de verdad. Y cuando el sacerdote se lo devuelve sabe que aquel Hijo no es para Ella, que aquel Hijo es para ser ofrecido, es para la Redención del mundo. Y María lo toma como encargada de preparar aquella víctima, de ser de verdad Madre humanamente que lleve adelante aquel Niño hasta su edad madura para que realice la obra de la Redención. Pero siempre la vivirá en esa misma actitud en que Ella lo está viviendo, como en ese momento.

Así hemos de ver siempre a María. **María está siempre ofreciendo Jesús al Padre.** Pero siempre, cuando nosotros ofrecemos un don, en el don nos ofrecemos a nosotros mismos. Sería mentirosa nuestra ofrenda si al acercarnos al altar le quisiéramos ofrecer al Señor una cosa nuestra pero sin intención de darnos a nosotros. El sacrificio es signo de nuestra entrega. Por lo tanto, es claro que en ese momento en que María ofrece Jesús al Padre, se ofrece Ella misma, y se ofrece también José con Ella al Padre.

Y allí tenemos lo que constituye en el fondo, lo que es **la ocupación habitual del alma santa, del hombre espiritual: ofrecer Cristo al Padre y ofrecerse con Cristo al Padre en el silencio que está debajo de toda la actividad de la vida.** Y toda la actividad de la vida dentro tiene ese contenido vivido. En todas las cosas, no

separándonos de ellas, sino en todas ellas vivir esta realidad en diálogo íntimo de Dios con nosotros y de nosotros con Dios. Él que se nos da en el Hijo, y nosotros que nos damos en su Hijo, en nuestra Cabeza, en Cristo. Ofrecer Cristo al Padre y ofrecernos con Cristo al Padre.

Esto lo hacemos solemnemente en la liturgia de la Eucaristía. Lo vamos a hacer ahora. Ese gesto de María que presenta así Jesús al Padre, en el cual vemos inmediatamente el gesto del Calvario donde está realizando esa misma actitud ofreciendo Cristo al Padre, y Cristo que da su vida, y Cristo que se ofrece a sí mismo, y Ella lo ofrece y se ofrece con Él, ese gesto se renueva y se perpetúa en la Eucaristía. Y es la Iglesia la que presenta Cristo al Padre, Ella en nombre de Cristo, unida a Cristo, Cuerpo de Cristo que ofrece Cristo y a Sí misma con Cristo al Padre. Y es lo más grande que podemos hacer en este mundo, ese ofrecimiento sincero en la cumbre de nuestro diálogo con Dios.

Y éste es el Misterio, el ofrecimiento de valor inmenso que no lo apreciamos muchas veces en nuestra vida. En este mundo de la eficiencia parece que sólo cuentan las cosas, lo que se da, el regalo, y no cuenta el ofrecimiento. Y sin embargo, **el ofrecimiento es el acto personal con el cual se ofrece el don.** ¡Y es de una enorme importancia! Y esto lo vivimos. Y esto es lo que constituye también nuestra consagración, **consagración al Corazón de Cristo: el sabernos dejar en manos de María para que, unidos a Cristo, Ella nos ofrezca al Padre, y dejarnos en manos de la Iglesia para que Ella nos ofrezca al Padre mientras**

nosotros ofrecemos a Cristo. En el ofrecer a Cristo nos ofrecemos nosotros, en esa Eucaristía, nos unimos con Él en el ofrecimiento de nuestra vida.

En el encuentro del anciano Simeón que, movido por el Espíritu, reconoce a Jesús en aquel Niño, el Salvador, **se nos da todavía la luz para comprender el sentido sacrificial de este ofrecimiento.**

Decíamos que la consagración termina en los brazos de Simeón el anciano. Ese consagrarnos a Dios nos hace entregarnos a los hermanos. Y es así. Y de hecho María, que ha ofrecido Jesús al Padre, dice inmediatamente san Lucas, que entrega Jesús a Simeón, al hombre, a la humanidad en su dignidad de hijo de Dios. Le entrega. Y es que **todo consagrado a Dios debe estar entregado a los hermanos.** No se pueden separar las dos cosas.

Y entonces Simeón, reconociendo a Jesús, anuncia la grandeza de esa Luz que ha de iluminar a todo el mundo. En cada uno de nosotros -el Señor nos repetirá "*vosotros sois la luz del mundo*"- **en la medida en que nos consagramos a Cristo nos hacemos instrumentos de Cristo.** Entregarnos a Él es dejar que Él se entregue a nosotros, que Él brille en nosotros, sin las sombras de nuestros egoísmos y de nuestras reservas sino con la luminosidad de la caridad y del amor. Y por eso podemos comprender también que es ese cántico en el cual se anuncia cómo éste -que ya *por fin ha encontrado y por haberlo encontrado puede morir en paz*- es luz para las gentes y gloria de Israel. Y es Luz haciéndonos luz a todos, así es como ilumina. No es que Él quede sólo

iluminando y todo lo demás en tinieblas. La *Luz* se va comunicando, nos va cristificando, nos va haciendo *luz*. Y es ese campo maravilloso de luces que es la Iglesia de Dios en la cual, al ser consagrados, participamos también nosotros para hacernos luz para iluminar al mundo, para iluminar a ese mundo que nos rodea en la acción apostólica que nos rodea.

Pero inmediatamente, el anciano Simeón, proféticamente, para completar el sentido de esa escena, de ese ofrecimiento, hace referencia a la Pasión del Señor. Y dice: *“Éste está puesto como signo de contradicción para la caída y elevación de muchos. Y tu mismo corazón lo atravesará una espada”*. Indica pues ya, en la lejanía, el perfil del Calvario, que está puesto para caída y elevación de muchos, como *signo de contradicción*. Ahí está levantado en la cruz: los unos contra Él injuriándole, como el mal ladrón, los otros como Él aceptando por su amor la propia cruz, puestos a su derecha como el buen ladrón que se refugian en Él. *Signo de contradicción*. Y en ese momento culminante, en que Jesús se presenta y manifiesta como signo de contradicción, puesto que nos juzga desde la cruz y cada uno es juzgado por su postura ante la cruz, allí está María participando de esa cruz. Esa oblación no va a quedar en esa simple oblación que diríamos del pan, sino que ha de ser la oblación de la sangre, del vino, ha de ser la oblación del Calvario, del derramamiento de la sangre. Y esa cruz le va a entrar a María hasta el centro de su corazón. Y ha de entrar también en cada uno de nosotros. Nuestra entrega al Señor irá acompañada de la cruz del Señor, y una cruz

proporcional al don de amor con que Él se digne enriquecernos para hacer nuestra entrega al Señor. Ahí tenemos pues el gran modelo para nosotros, gran modelo de consagración. ¡Esa consagración que en esta fiesta hemos de contemplar y vivir, hemos de contemplar y participar, hemos de penetrar y compenetrar! Y hacer de veras hoy esta entrega nuestra al Señor por las manos de María.

Pero quisiera indicar un aspecto al menos respecto a la familia cristiana. **Este ejemplo de María y José y el Niño, la familia que sube al templo, es para nosotros una lección de la familia cristiana que se consagra.** Decíamos: al entregar al hijo primogénito se entregan ellos mismos también en sacrificio. *Aquellas dos tortolillas que ellos ofrecían podemos decir que eran símbolo de ellos dos, que se ofrecían al ofrecer a Jesús.* Porque el mismo ofrecimiento de Jesús llega más dentro del Corazón de María que su propio sacrificio personal, porque es ofrecer lo más querido que tiene y más que Ella misma. Y así José también se ofrece. Se ofrece pues la familia entera. Y **es voluntad del Señor que la familia entera se ofrezca y que la familia entera suba al templo, y la familia entera se una al sacrificio de Cristo, y que el niño que nace se integre en esa familia.** ¡Es una cuestión tan importante para nosotros!

Se nos acercan tiempos en que hemos de tener una gran limpidez. Y nuestra consagración al Señor no es para

retraernos de la vida, es para vivirla con más perfección. No nos saca del mundo si no es una consagración y una vocación de tipo eremítico, sino que nos lleva a **ordenar el mundo mismo hacia Dios con todas nuestras fuerzas**. Y lo primero que hemos de ordenar es esa misma familia, una familia que se entrega al Señor, que se ofrece al Señor. Y el niño que nace en esa familia justamente lo llevamos a bautizar. Y esto no es ningún abuso, como se dice: -Cuando sea mayor que él lo decida. -Pues no le enseñe usted nada, que cuando llegue a la edad mayor decida qué lengua va a aprender para no hacerle una injusticia antes de tiempo; porque si él quería haber sabido más bien inglés que francés o español ¿por qué le ha enseñado usted otra lengua? Que lo escoja él cuando sea mayor. ¡Son posiciones absurdas! Es un deber de los padres dar a los hijos lo mejor. Es verdad, sin violentar su libertad, cierto; por lo tanto cuando llegue el momento de sus decisiones libres las tomará y se respetarán y se deben respetar. Pero es cierto que le deben dar lo mejor. Y lo mejor que tienen en la fe, si es verdadera, es el ser hijo de Dios y es el incorporarlo a Cristo y es la riqueza del Espíritu Santo. Y así lo ofrecen. Y además tienen obligación de hacerlo, porque no es sólo el hijo el que se ofrece, son los padres también los que ofrecen en su voluntad, y ofrecen con sacrificio propio a ese hijo a Dios como Dios se lo pide. Y lo hacen con todo amor.

Ese ofrecimiento hacerlo de verdad, ese ofrecimiento al Padre, que lleva consigo evidentemente el volverlo a tomar, pero para formarlo. Y una consagración de familias quiere decir que los padres toman conciencia de lo que es esa

educación del hijo. Educación del hijo de Dios que Dios ha puesto en sus manos para que ellos lo eduquen y lo formen religiosamente. Y esto se ha de trabajar y esto se ha de cuidar con suma delicadeza.

Yo os aconsejo que leáis las palabras del *Concilio* sobre la familia, en el *Decreto sobre la actividad apostólica de los seglares*, donde tenéis un programa maravilloso, maravilloso. ¡Cuánta ignorancia del Concilio Vaticano II! *Los esposos cristianos –dice ahí- son para sí mismos, para sus hijos y demás familiares, cooperadores de la gracia y testigos de la fe.* Esto es tomar conciencia, consagrarse al Corazón de Cristo, caer en la cuenta de los planes de amor de Dios, de los planes de amor de Cristo para entregarnos, sí, y *entregarnos para ser instrumentos de su amor, cooperadores de la gracia para sí mismos, para sus hijos y para los demás familiares y testigos de la fe.* Es necesario que vivamos esa fe de verdad, desde el punto de vista personal, es un primer aspecto, cada uno de ellos para los demás. *Y son para sus hijos los primeros predicadores y educadores de la fe.* Ésta es misión asumida, es algo que te confía el Corazón de Cristo: educación en la fe.

Los forman –sigue el Concilio- con su palabra y ejemplo para la vida cristiana y apostólica. Los forman por la cercanía de amor para la vida cristiana y apostólica. Tienen que ver en los padres un interés y celo apostólico, un celo de irradiación, cristiano, no fanático, no desordenado, no desequilibrado en el sentido de que no debe ser incoherente. Que a veces tenemos un celo inmenso porque los demás sean muy de Dios y descuidamos nuestra propia

entrega al Señor, y descuidamos nuestra humildad y mansedumbre interiores. No es eso. Coherencia pero apostólica, **que vean que la familia no se encierra en sí misma, sino que se siente una célula de la Iglesia metida en la gran empresa de la redención del mundo.**

Los forman pues con su palabra y ejemplo, y les ayudan prudentemente a elegir su vocación, y fomentan con todo esmero la vocación sagrada cuando la descubren en sus hijos, y les ayudan para ofrecerlos al Señor. Porque esos hijos que se ofrecen, cuando llega el momento de una vocación religiosa no es sólo la persona, el hijo, el que se ofrece, son los padres también los que le acompañan al templo, los que en silencio y quizás con lágrimas lo entregan y de corazón a Dios. Lo entregan sabiendo que éste va a ser colaborador de Cristo, participante de su cruz redentora. Y continúa con toda la misión que tienen, y de la cual iremos hablando más adelante en las diversas homilias que nos quedan todavía.

Pero en esa escena en que María, José y Jesús van al templo y se ofrecen, y luego los vemos a los doce años de nuevo, creo que podríamos recalcar lo que dice el *Concilio* en ese mismo número 11: *Esta misión de ser la célula primera y vital de la sociedad la familia la ha recibido directamente de Dios.* ¡De nadie!, no es un derecho humano, ¡de Dios!, este deber, esta misión. *Cumplirá esta misión si por la mutua piedad de sus miembros* –mutua piedad, unión familiar, unión de amor de padres a hijos, es la virtud de la piedad, de hijos a los padres, de hermanos entre sí, de esposos entre sí, la piedad es ese sentimiento característico de las relaciones de los miembros de una familia- *si por la mutua*

piEDAD de sus miembros por un lado y la oración en común dirigida a Dios.

Esto es algo que no debemos olvidarlo. Son consejos del *Concilio*, orientaciones del *Concilio*. Y nuestro *Papa Juan Pablo II* insiste en esa valoración de la familia, y le oiremos insistir cada vez más en ello, porque llegan momentos en que hemos de insistir también nosotros. No esperemos que nos lo den todo por un *Decreto oficial*. Debemos trabajar por ello, debemos vivirlo y extenderlo con las armas del evangelio, de la palabra, de la persuasión, del ejemplo. ¡Dar testimonio de la fe pero irlo irradiando! No contentarnos con callar y dejar que poco a poco se apague la fe en nuestra vida familiar. *La oración en común dirigida a Dios se ofrece como santuario doméstico de la Iglesia*. Por lo tanto es un elemento. Y creo que una consagración verdadera al Corazón de Cristo que se entroniza, quiere decir que la vida de familia se realiza bajo esa mirada, y que tiene momento en los cuales se detiene para acercarse a ese Corazón de Cristo en la oración familiar, en común. Y esto se puede hacer y hay que cuidarlo, desde pequeño llevarlo al templo. Y se puede hacer con esa oración bien hecha, en los momentos oportunos, qué es lo que ha de buscar. Si la oración al niño se le tiene que hacer cuando está divirtiéndose más, y cuando tiene que dejar algo en lo cual estaba metido, se le puede hacer odiosa. Es cierto y no hay que pretender milagros de los niños. Hay que hacerlo oportunamente.

6

CONSAGRACIÓN FAMILIAR: LA FAMILIA, CÉLULA DE LA IGLESIA Y DE LA SOCIEDAD

Homilía pronunciada el 2 de marzo de 1979

Queridos hermanos: El mes pasado al congregarnos aquí reflexionábamos sobre la familia de Nazaret, a la que veíamos ofreciendo Jesús al Padre. Y decíamos que nos daban ejemplo de una familia que se entrega. En el ofrecer el Niño al Padre también los padres se ofrecían en Él, unían su sacrificio al de Cristo. En silencio ellos también se sentían unidos en la misma oblación.

Y esto fue para nosotros como un punto de partida para considerar, en estas catequesis preparatorias para la gran

fiesta del LX aniversario de la Consagración de España al Corazón de Jesús, nos daba materia para pensar en la preparación nuestra, personal y familiar. Porque esta preparación familiar sobre todo, la hemos de tener presente en estos momentos. Precisamente después de nuestra congregación del último mes, el *Papa Juan Pablo II* hablaba de la familia y de la importancia de la familia en este momento de la historia de la Iglesia. E insistía en una idea en la cual también nosotros habíamos insistido a la luz del Corazón de Cristo. Y repetía su ilusión porque la familia sea de verdad la Iglesia doméstica. Esa idea tan suya, esa idea que propuso ya el *Concilio*, y que hemos de traducir en verdad, en realidad.

Y en esta iglesia doméstica precisamente el *Concilio*, lo recordábamos, insistía en la necesidad de que *ese santuario doméstico se incorpore al culto litúrgico de la Iglesia, ore en común, practique la mutua piedad, se dirija a Dios en oración familiar*. Y esto, si no lo tenemos, hemos de procurar restablecerlo. Nuestra familia no puede estar desprovista de su dimensión religiosa. Y aquí unas circunstancias excelentes para renovar en nosotros discretamente y firmemente esta dimensión interior de la familia. Y precisamente **la entronización del Corazón de Cristo**, en la cual se le reconoce como verdadero Señor de la familia, puede ser una ocasión excelente para renovar esta dimensión.

Y leíamos aquellas frases tan hermosas del *Papa Pío XII*, cuando exhortaba a los recién casados a poner ese imagen del Corazón de Cristo presidiendo la familia, la casa,

indicando cómo esa imagen debería ser venerada, respetada. Esa imagen debería ser también centro de la oración de la familia, reuniéndose con frecuencia junto a ella y a sus pies, para cumplir con ese deber suyo de la oración de la familia, que se reconoce venida del amor de Dios, y que quiere vivir correspondientemente a las exigencias de ese amor de Dios.

Y ahora, al pie de esa imagen que debe presidir nuestras familias, familias naturales, familias religiosas, y que al mismo tiempo nos impulsan a colocarlo, también, en la presidencia de nuestra vida personal, vamos a continuar nuestra reflexión en otras dimensiones que debe tener nuestra vida de familia. Dimensiones de una importancia especialísima en este momento, porque si nosotros insistimos hoy en esta reunión nuestra aquí en el Santuario, en el Cerro de los Ángeles, no es para alienarnos de la vida. Acabamos de realizar un deber de trascendencia para el futuro. Hemos concurrido a las Elecciones. Y ahora no venimos a alienarnos ni mucho menos, eso sería totalmente equivocado. Una consagración al Corazón de Cristo no es para salirnos de la vida de cada día, sino que es para empaparnos de Cristo, e infundirlo en medio del mundo en el cual vivimos. Y por lo tanto, si venimos aquí, es para cargarnos de fuerza evangélica, de caridad, de amor, y para volver de nuevo a ese mundo, y para realizar los designios de Dios sobre el pueblo que Él mismo ha congregado, sobre cada uno de nosotros, sobre nuestras familias y sobre nuestra sociedad. Y venimos para eso, venimos para ver los

designios de Dios a la luz del Corazón de Cristo. Y venimos para tomar fuerzas para ir realizando, según sus caminos, los designios de Dios.

Y concretamente, es indudable que en estos momentos históricos en los cuales vivimos, nos hemos de sentir todos empeñados en la santidad de la familia. Como lo decía el *Papa Juan Pablo II*, debe ser nuestro cuidado principal, porque ahí está la célula de la Iglesia y de la sociedad.

El Presidente del Comité, fundado por el *Papa Pablo VI*, de la familia en Roma, en el Vaticano, nos exponía, en una reunión que tuvimos, que hay un esfuerzo bien financiado para corroer la familia. Y nos hablaba de las reuniones internacionales en las cuales él había participado, y nos hacía notar que hay un esfuerzo bien organizado, que hay un esfuerzo bien pensado, que hay un esfuerzo bien financiado, por ir destruyendo ese núcleo de la sociedad y de la Iglesia que es la familia. Nos indicaba cuál era precisamente la línea que trataba de seguir, y nos puede ser sumamente luminoso para entender también nosotros dónde debemos insistir y con qué razón el *Papa Juan Pablo II* insistía en el valor de la familia. La línea que seguían en orden a esta corrupción de la familia es precisamente la de insistir en la libertad del individuo, y eliminar el valor de la familia como familia. Y entonces se habla del derecho del hombre, del derecho de la mujer, del derecho del hijo, pero no se habla del derecho de la familia, y no se habla de la unidad de la familia, y entonces se desmorona la familia. Y hasta tal punto llegaba este camino, tan adelante, que nos indicaba cómo en uno de los Congresos en que él asistió se

había llegado a proponer las cosas de esta manera: todo hombre, toda mujer, tiene derecho, libertad de hacer lo que le parece, y por lo tanto si una mujer quiere vivir con otra, debe vivir, hay que respetar ese derecho, tiene derecho, y si quiere tener un hijo, tiene derecho a tenerlo, viviendo con otra mujer, recurriendo a la inseminación artificial. Y esto se presenta con esta característica: 'la libertad', 'el derecho', como lo estamos viendo y sintiendo al oír hablar de que toda mujer tiene derecho a abortar cuando quiera. Y es siempre este principio: el derecho del sujeto, rompiendo la unidad de la familia.

Nos hacía notar este Monseñor, Presidente del Comité por la familia, que ***en el Corazón de Cristo se encuentran valores preciosos precisamente para robustecer la familia***, para hacer comprender el valor de la unión, el valor del amor, de la unidad, de la solidez, de la estabilidad de la familia. Y para defender los derechos de esa familia, y los derechos, no de la libertad simplemente de cada individuo, sino de lo que es la institución creada por Dios: *"lo que Dios unió el hombre no lo separe"*. ¡Es Dios el que ha unido! ¡Es Dios el que ha instituido la familia! Yo tendré libertad para aceptarla o no, pero una vez adoptada es Dios el que la ha instituido. ¡Y ahí queda con sus leyes inviolables! ¡Y ahí queda para nosotros esa imagen del Corazón de Cristo que nos revela el amor con que Él ha instituido esa familia, con que le ha dado esa estabilidad absoluta, ese amor a la vida, de quien desde el momento de ser concebido está llamado a realizar los designios de Dios

en el mundo y tiene derecho a realizarlos! ¡El amor y el respeto de la vida en el marco de la familia cristiana!

Hermanos míos, este es un mundo al cual el Señor nos invita ahora a entrar para defenderlo, para vivirlo, para realizarlo en el mundo. Y es necesario que lo comprendamos a la luz de la palabra evangélica.

Hablábamos de una dimensión que podríamos llamar vertical, muy importante, no aislable de las otras dimensiones de la familia. Es sumamente importante la oración, pero no sólo del individuo aislado de la familia como familia, porque se siente como unidad. La familia no es sólo el marco de una casa donde se acude para comer o para dormir, una especie de hotel de selección, no es eso. La familia es la unidad familiar, que hay que cuidar mucho. Pero que cuando miramos esa imagen del Corazón de Cristo que la preside nos hace entender perfectamente que viene de ese amor, que ese amor la ha intuito, que ese amor la ha creado, que ese amor la ha unido. Y cuando se ve a esa luz, entonces se comprende que el amor de esos padres ha entrado dentro de la providencia de Dios, que no sólo aquella primera pareja del Génesis fue creada y unida por Dios, sino que cada una de las familias cristianas ha sido unida por el mismo Dios: *“Lo que Dios unió”*, en ese amor que brotaba, que el Señor mismo cuidaba, que el Señor mismo en un determinado momento entrelazó y selló por el Sacramento de su amor, para que fuera amor de verdad y para que fuera signo del amor de Cristo a su Iglesia y de su Iglesia a Cristo. Y Dios lo unió, *“y ya son una cosa y serán una sola carne y nadie lo podrá separar”*.

Hay un encanto. Es verdad que no es una ilusión, es costosa esa unión, es verdad, es exigente esa unión. Hay que cuidarla. Y quizás el error más grave es el dar las espaldas a ese Corazón de Cristo, que está mostrando el cuidado continuo que hay que tener del corazón que Él nos pone al descubierto y que ese corazón tiene que ser siempre objeto del interés, y que ese corazón hay que cuidarlo. Y que en el desarrollo del amor de ese corazón surgen espinas, y surgen heridas, y surgen lanzadas, pero que la fuerza del amor es necesario que los vaya superando y que vaya madurando el amor a través de ello sin que se separe por eso, sin que se enfríe un amor. Y quizás sea verdad que si el amor no llega a madurar en el matrimonio es, muchas veces, porque al sentir las primeras heridas, al sentir las primeras espinas, se deja de mirar a Dios, se deja la oración, se deja el sacrificio de sí mismo, y se entiende como si el amor no fuera más que el disfrute egoísta de lo que a uno le parece mejor y le conviene, con esa expresión de la libertad de cada uno. Y cada uno es libre y sigue manteniendo su propia libertad.

Hermanos míos, cuando hablamos así, estamos hablando en este Cerro de los Ángeles, bajo la imagen de ese Corazón de Cristo que quiere reinar en cada una de las familias de nuestro pueblo. Y aun cuando seamos nosotros sacerdotes o religiosos, jóvenes que me escucháis, que todavía no habéis afrontado, no habéis sentido todavía esa vía del Señor, que en el corazón de cada uno labra el futuro de sus planes amorosos en el mundo, pero siempre debemos comprender que la familia nos interesa a todos, porque es

designio amoroso de Dios y debe ser objeto de nuestra oración y debe ser objeto de la oración de los religiosos, y debe ser objeto de oración de los hijos, y debe ser objeto de oración de los padres. La propia familia de cada uno y la familia cristiana en general. ¡Hay que sostenerla con la oración como sostenemos las vocaciones religiosas, como sostenemos las vidas sacerdotales! ¡Hay que sostener también las familias cristianas con nuestra oración, con nuestra vida! Es una gran misión esa consagración de la familia al Corazón de Cristo.

Y me refiero ahora brevemente a lo que el mismo *Concilio* nos exhorta. En ese *Documento sobre el apostolado de los laicos*, en el número once en que habla de la familia, leemos este programa que os brindo bajo la imagen del Corazón de Cristo, iluminada por el Corazón de Cristo: *Siempre fue deber de los esposos pero hoy constituye la parte más importante de su apostolado* -palabras bien ponderadas del Concilio, porque a veces las personas casadas hacen apostolados maravillosos, y les parece que el más grande es el que más resonancia tiene socialmente- *constituye la parte más importante de su apostolado, manifestar y demostrar con su vida, ¡con su vida!, la indisolubilidad y santidad del vínculo matrimonial*. Ahí tenemos un programa del Concilio. ¡Con su vida! Es que a veces hablamos mucho y no existe esa indisolubilidad santa del amor matrimonial.

Y ahí es el campo principal del apostolado, ahí. Ved la imagen del Corazón de Cristo y ved ese amor en Él. Eso debe ser el fondo, el testimonio vital del matrimonio cristiano, ese corazón, herido quizás, pero ardiente, pero

fuerte, porque recibe su fuerza del amor de Dios. Y de eso es testimonio, por eso es su apostolado. Es la indisolubilidad y santidad del matrimonio vivido. Y añade: *Es deber de los esposos, hoy la parte más importante de su apostolado, afirmar con valentía el derecho y la obligación que los padres y los tutores tienen de educar cristianamente a la prole.* Deber también nuestro, afirmar con valentía. Y éste es el momento en que hay que hacerlo, según aquel principio precioso del *Papa Juan Pablo II*, como decía el 30 de diciembre en la *Audiencia de la Acción Católica Italiana*: *El error y el mal deben ser siempre condenados y combatidos. El hombre que yerra o peca debe ser siempre amado y comprendido.* Y ahí está la afirmación valiente, ¡valiente!, de esos derechos. Y hemos de trabajar todos con amor, con delicadeza, con comprensión, pero valientemente, por afirmar el derecho y la obligación de esa educación cristiana de los hijos. Es un deber nuestro. Nos impulsa a ello el Corazón de Cristo. Y admitir esa Consagración al Corazón de Cristo es asumir también este deber de afirmación valiente de ese derecho y deber de la educación cristiana. Y termina: *Campo principal hoy del apostolado de los esposos defender la dignidad y la legítima autonomía de la familia.* La dignidad de la familia. No solo la libertad de cada uno de los sujetos, la dignidad de la familia como institución divina, como centro, como núcleo de la familia, de la sociedad, de la Iglesia. Dignidad y legítima autonomía que no puede ser violada. Comprendemos muy bien estas autonomías que exigimos en los campos debidos. Ahí tenemos un campo también. Hay una autonomía de la familia como familia.

Mis queridos hermanos, hacia esto debe tender nuestra preparación real. *La caridad de Dios se debe difundir de nuestros corazones.* Esa caridad del Corazón de Cristo que cuando preside, nos ilumina. Como todo amor es al mismo tiempo luz y fuerza. Lo ilumina todo con ese color especial de las llamas del amor que hace entender las cosas, que hace comprender los fallos, que hace iluminar los caminos, y al mismo tiempo da fuerza. Y lo necesitamos hoy en nuestras familias cristianas. Se van debilitando. A fuerza de una corrosiva acción del ambiente que nos rodea acabamos por no llegar a ver ya el sentido cristiano de nuestra familia.

Por eso, preparémonos todos. Pidamos al Señor todos por esa santidad de la familia, esa unidad que hace que padres e hijos y hermanos todos, se sientan solidarios en una verdadera unidad. De tal manera que los pecados de los unos afectan también a los otros, lo sienten los otros. De tal manera que los unos oren por los otros. Y todos juntos lleven sobre sí los pecados de cada uno, los fallos de cada uno, los intereses de cada uno, en esa realidad grandiosa dominada por el amor. Y así nos preparamos de veras, asumiendo estas obligaciones y estos deberes, a esa renovación de nuestra entrega al Corazón de Cristo. Que no sea una fórmula sino que sea una asunción consciente de la misión de amor que el Señor quiere confiarnos. Que así sea.

7

CONTEMPLANDO EL CORAZÓN DE CRISTO: EL SENTIDO DEL SUFRIMIENTO

Homilía pronunciada el 6 de abril de 1979

Queridos hermanos: Nos reunimos una vez más ante el Corazón de Cristo. Es verdad que lo tenemos siempre con nosotros, no hay que venir aquí para encontrarse con Cristo vivo, pero es verdad que cuando venimos aquí bajo esta señal exterior y nos congregamos con un esfuerzo que nos cuesta, y nos sentimos unidos todos en torno a ese signo del amor de Cristo que es su amor manifestado, expresado en la imagen del Corazón de Cristo que se eleva en este *Santo*

Cerro, parece que sentimos como más hondamente la cercanía del amor del Señor.

Hemos ido, a lo largo de este año, en estos primeros viernes de mes, escuchando, asimilando, rumiando el significado de ese Misterio del Corazón de Cristo, en nosotros y en nuestra familia. Le hemos querido dar ese sentido familiar. Y hemos comprendido a la luz del Señor que **el Corazón de Jesús significa Cristo resucitado vivo de corazón palpitante ahora, que nos ama ahora con corazón humano, que está misteriosamente cerca de nosotros, cerca de nuestra familia, cerca de nuestra sociedad. Que nos ama ahora y ahora es sensible a nuestra repuesta de amor. Y hemos visto cuál debe ser nuestra respuesta.**

Hablábamos el último día de nuestra consagración al amor de Cristo, cuando nos convencemos de este amor que nos acorralla por todas partes y queremos devolver amor por amor y nos sentimos movidos interiormente a ofrecerle nuestra vida, a ofrecerle nuestra persona para que sea instrumento de su amor. Y de aquí viene nuestra voluntad de consagración. La consagración del Bautismo, pero tomando conciencia de ella, desarrollándola en unas exigencias progresivas de nuestra conversación con Dios y tomándolas, ahora, como postura de vida, como algo que queremos vivir y que queremos transfundir a los demás a través de nuestra existencia.

Y esto lo veíamos en la familia. Es la familia que se entrega, la familia que se consagra. Y a eso hemos de tender en esos momentos. Como decíamos cada vez más la familia es el

punto de nuestra lucha, la familia es lo que Cristo quiere particularmente hoy sanear, perfeccionar, levantar. Y a eso hemos de prestarnos todos, desde los más pequeños hasta los mayores, porque todos estamos integrados en nuestra propia familia y todos constituimos también una familia.

Pero no es sólo nuestra entrega. Se derivan de ahí unos aspectos que hoy quisiera al menos comenzar a tratar. Nos quedan, con la gracia de Dios, otros dos primeros viernes en los cuales todavía perfilaremos nuestra catequesis del Corazón de Cristo.

Hoy quiero fijarme en un aspecto. Decíamos que **esa imagen del Corazón de Cristo**, que queremos que presida nuestra casa, que presida nuestra persona y nuestra vida, **es al mismo tiempo como una enseñanza continua cuando la contemplamos, si sabemos contemplarla con amor.** *Y cuando uno mira con amor a esa imagen del Corazón de Cristo ve, no sólo este amor que se entrega, sino que ve en él una herida abierta y ve en él unas espinas y ve unas llamas. Y sobre esas llamas una cruz.* Esto no orienta hacia un aspecto, el aspecto sombrío podríamos decir, el aspecto misterioso y oscuro de lo que es nuestro sufrimiento.

Decía en una ocasión la madre de aquel santo sacerdote que fue san Juan Bosco, le decía a su hijo cuando fue ordenado de sacerdote: "Hijo, ser sacerdote es empezar a sufrir". Pero creo que no vale sólo del sacerdote. Yo diría a esos novios que tan alegremente se han casado, yo les diría, y no para amargarles sino para alentarles: -Hijos, casarse es empezar

a sufrir, ¡porque es empezar a amar! **Y el amar lleva consigo el sufrir mientras estamos en este mundo mortal.** Y el mayor sufrimiento es el del amor, el mayor sufrimiento del hombre está precisamente donde está el corazón del hombre.

De ahí tenemos ese lado misterioso de la vida que la siente el niño pequeño desde los primeros momentos de su vida, cuando siente el dolor y empiezan a correr sus lágrimas. La siente el pequeño que está estudiando en las Elementales y que ya va sintiendo en su vida ciertas amarguras. La siente el adolescente. La siente el joven. La siente el mayor. La siente la familia cristiana y no cristiana. Es algo que nos acompaña. Y muchas veces nuestra vida es como una carrera de huida del dolor. Y no sabemos quizás lo que hacemos porque soñamos que la felicidad es huir del dolor, evitar el dolor, evadirnos del dolor, incluso a través de medios como son muchas veces las drogas, todos esos instrumentos que, en el fondo, son una búsqueda para evadirse de algo que nos oprime. ¡Porque existe el dolor fuerte, porque existe el dolor de la desgracia, existe el dolor de la herida y existe el dolor de la monotonía! ¡Y existe el dolor del vacío y existe el dolor del enojo continuo por la gris realidad de nuestra existencia! Pero ahí está siempre. Ahora bien, **contemplando a Cristo se localiza el dolor donde es su lugar.**

Es inevitable en nuestra vida el sufrimiento, el dolor. Es inevitable. No quiero decir que hemos de resignarnos a no poner remedio, no, debemos trabajar todo lo posible por superarlo, pero con la convicción que nunca llegaremos a

evitarlo, ¡nunca! Y lo encontraremos de alguna manera en todas las páginas de nuestra vida. Y ahí aparece. Por lo tanto si hemos puesto nuestra felicidad en no sentir dolor la perderemos. Y entonces es cuando nos confundimos y entonces es cuando nos desalentamos y entonces es cuando nos entristecemos.

Hermanos queridísimos: **La vida cristiana es vida de alegría**, es verdad, es vida de gozo, es vida de alegría, pero siempre que entendamos que no es vida sin cruz, sino que precisamente es vida de alegría **porque nos enseña el valor de la cruz**. Y entonces la cruz no nos quita la felicidad porque la entiendo aunque sea en la oscuridad del misterio. Como dice el *Salmo 22*: "*Aunque camine por tinieblas y sombra de muerte no temerá mi corazón porque tú estás conmigo*". Pero ahí está la realidad de nuestra vida. Somos mortales. Quiere decir que estamos sometidos a la muerte, que estamos sometidos al poder de la muerte como es la enfermedad, como es el dolor, como es la incompreensión, como son los roces de la vida, todo eso que mina nuestra persona y que mina la familia en la cual nosotros estamos. Y precisamente ¡cuántas familias se han derrumbado porque no han sabido entender el significado del dolor que les visitaba!

Ahí tenemos en el Corazón de Cristo una enseñanza patente. **¡Miremos ese Corazón y colocaremos el dolor en su sitio, en la mitad del Corazón, en la llama del amor!** ¡Ahí es su sitio! ¡Y ahí está la clave para nosotros!

En la cruz, que vamos a contemplar en estos días de la Semana Santa próxima, nos encontramos a Cristo en medio de la cruz, en el Calvario clavado en ella. Y dos, uno a su derecha y otro a su izquierda. Y nos dice el texto sagrado *que aquellos dos crucificados blasfemaban contra Cristo. Cristo crucificado entre dos ladrones crucificados*: Ahí tenemos la expresión más fuerte de lo que es la Encarnación del Verbo. **Hacerse hombre es hacerse crucificado, hacerse condenado a muerte crucificado es la vida del hombre.** ¡Qué es el hombre sino un condenado a muerte crucificado entretanto por los dolores, los sufrimientos, las molestias de su vida presente! Y como término último la muerte que nos espera inexorablemente, que nos entristece nuestra vida. Es la realidad que tenemos que mirar cara a cara. Y cuando decimos *el Verbo se hizo carne*, podríamos decir ***el Verbo se hizo condenado a muerte crucificado.***

Y ahí está Cristo, en medio, el Corazón abierto. A su lado estamos nosotros condenados a muerte, crucificados. Y entonces la lucha del hombre es precisamente en el fondo, en el fondo, la clave de esa lucha es su postura ante la muerte, su postura ante la mortalidad, ante el sufrimiento, ante el dolor. Y dice el texto evangélico *que los dos ladrones crucificados* -a los que Él ha venido a salvar- *blasfemaban contra Cristo*. Y ¿por qué blasfemaban? No era por simple dolor, **era ¡contra Él!**, porque se presentaba como Salvador y no les salvaba del dolor y de la muerte. Por eso le decían: - *"Si tú eres el Salvador, sálvate a Ti y sálvanos a nosotros"*. Ésa era su blasfemia, como la nuestra muchas veces, que

acudimos al Señor para decirle: -Señor, si Tú eres el Hijo de Dios, el Salvador, sálvame de la enfermedad, sálvame de las molestias, sálvame de la muerte. Y blasfemamos contra Él así, porque si no nos salva perdemos la fe. Como decimos a veces: -Yo he pedido tantas veces y ¡no me hace bajar de la cruz! **Y Cristo no ha subido a la cruz para que nosotros bajemos de ella sino para enseñarnos cómo se lleva la cruz.**

En cambio está el ladrón a la izquierda, el buen ladrón, que contemplando a Cristo, después de haber comenzado por blasfemar contra Él -como lo hacemos todos hasta que nos toca la gracia y hasta que nos ilumina el Corazón del Salvador-, cuando la gracia le tocó a aquel hombre, y viendo a Cristo crucificado delante, y viendo su postura silenciosa profundamente sacerdotal, que estaba realizando su oblación, ahí vio el Corazón de Cristo a través del cuerpo deshecho crucificado. Y en la postura con que llevaba aquella cruz leyó, vio, cruzando su mirada con la de Cristo, que *el misterio estaba en el amor con que aquel dolor estaba vivido*, ¡ofrecido con un infinito amor!

Entonces contemplando a Cristo crucificado, como decía en un sermón san Agustín, le decía al ladrón éste: *-Pero ¡cómo!, ¿es que te ha predicado Él?, ¿es que te ha explicado las Escrituras?* Contesta en ese discurso el ladrón y le dice: *-No, es que **me ha mirado** y ¡en esa mirada lo he entendido todo!* En esa mirada de amor lo he entendido todo, he entendido lo que es la miseria humana, lo que es la naturaleza humana. Y he entendido lo que es el amor que la lleva, el amor que la acepta ahí cuando el sufrimiento se inserta en

un Corazón que ama ilimitadamente. Ésta es la enseñanza. Y en ese momento el ladrón se pliega. ¡Lo ha entendido todo! Y entonces, con la fuerza de la cruz de Cristo, también *él pone en su pecho un corazón como el de Cristo y asume también su propio dolor y lo ofrece.*

Y dice: *“Nosotros padecemos lo que hemos merecido, pero ése ¿qué mal ha hecho?”*, y se refugia en el Señor. Es la lección definitiva de nuestra vida. Ahí está. Es llegar a comprender cómo todo dolor es asumido por el amor infinito de Cristo. Es entender que ahí es su lugar, en el Corazón. **Y nosotros sufrimos y nos desesperamos, porque el dolor no lo colocamos en nuestro corazón, ni ponemos en ese dolor el corazón y el amor.** Y entonces es insostenible, y entonces es desesperante, y entonces nos hunde en una desesperación blasfema.

Aquí tenemos nuevamente la lección del Corazón de Cristo. Y esto vale para nosotros personalmente, para nuestra vida de familia. Cuando lo colocamos en el corazón comprendemos que el sufrimiento tiene muchos sentidos: **el sufrimiento es el camino de purificación del amor**, por eso está en el corazón, el camino de purificación, es el amor el que va haciendo arder la cruz, es el amor el que va, purificado por el dolor, madurándose; **y por otra parte el amor mismo se culmina en la oblación dolorosa**, se culmina. Y esto ha de valer también para nosotros.

Queridísimos hermanos, tengamos luz de Dios para entender nuestra vida. La vida de familia no está nunca

exenta de cruces, nunca. Pero tenemos que comprender que cada uno de nosotros no está sólo.

Padres de familia que estáis aquí oyéndome, ¡vosotros sois como los sacerdotes de la familia! Tenéis una misión, tenéis que orar por la familia, tenéis que presentarla al amor de Cristo. Sois *una cosa*. Esos hijos son vuestros, son almas que Dios os ha confiado. Ninguno de nosotros está solo, tenemos nuestras almas que el Señor ha vinculado a nosotros. Y hemos de sentirnos como pastores a los cuales se han confiado esas ovejas: *"Y el buen pastor da la vida por sus ovejas"*, lo acabamos de escuchar en el evangelio que nos manifiesta el amor del Corazón de Cristo, *"¡da su vida por las ovejas!"*. Y eso no hay que aplicarlo como en general. Como en la parábola es en nuestra vida concreta. Diríamos, **el buen padre da la vida por sus ovejas que son su mujer y sus hijos, la buena madre da la vida por sus ovejas que son su marido y sus hijos, cada hijo da la vida por sus ovejas que son sus padres y sus hermanos.**

A cada uno de nosotros el Señor nos ha confiado los demás que constituyen esa unidad familiar. Todos los demás, también con los cuales nosotros convivimos, son nuestras ovejas, es verdad. Pero esto lleva consigo también que ese amor nuestro que debe ir creciendo día a día. A semejanza del Corazón de Cristo será purificado por el dolor, por el dolor muchas veces de la incomprensión, de la soledad, por el dolor muchas veces de la falta de correspondencia. ¡Cuántas veces nos quejamos siempre que los otros no nos entienden, los otros no nos ayudan porque en el fondo querríamos ser nosotros el centro! ¡Y no queremos ser el

pastor que cuida de las oveja! Y entonces el dolor nos derrumba porque no lo ponemos en el corazón. Pero cuando nosotros vayamos viviendo esta vida orando, sintiéndonos uno como familia, ante Dios, muchas veces vendrá el dolor, muchas veces la enfermedad, la desgracia, muchas veces llamarán a la puerta de nuestro corazón, y es el momento de madurar en el amor.

El amor mismo tiene que pasar por ciertas crisis dolorosas. Y no significa que se ha acabado y que hay buscar, por la vía cómoda, una solución que sea simplemente el seguir las tendencias de la naturaleza, sino que es un momento para madurar el amor. Porque si no el amor no es sólido. Y el amor tiene que ser sólido, *el amor tiene que ser más fuerte que la muerte. Y que la muerte* no quiere decir una poesía del futuro, *la muerte* quiere decir el roce, quiere decir el momento de crisis. ¡Y ha de ser más fuerte! Y a través de todo esto ser fiel como ha sido Cristo para con nosotros, como Él ha amado a la Iglesia. Y la ha amado a través de su pasión y de su muerte y en la agonía del huerto. Y no ha dicho así: *-Yo me desentiendo que es un camino demasiado doloroso.*

No comprendemos esto. Creemos que el amor, para que sea verdadero, ha de ser un amor sin Cristo, un amor sin sufrimientos. Y no es verdad. No sería un verdadero amor, sería un juego de niños. El amor tiene que tener esas cruces para madurar, para solidificarse, para hacerse fuerte, para estar por encima de esos vaivenes. Porque tenemos que aprender a seguir así hacia Cristo, no quitando las olas, no quitando los sufrimientos, sino por encima de ellos, por la

aceptación de esas cruces y de esos sufrimientos en la inmensidad del amor. **Y hemos de habituarnos a llevar nuestro corazón como el de Cristo, aunque haya dentro una llaga abierta, aunque haya dentro unas espinas y una cruz.** Es normal, es el camino, hasta que se abra, como el Corazón de Cristo en la cruz, ¡hasta la última gota de su sangre!: *"Tengo poder para dar mi vida, yo la quiero dar, es la orden que he recibido de mi Padre"*. Esta es la lección del Corazón de Cristo, es uno de los aspectos del sufrimiento.

Lo vemos solamente en esta ocasión como instrumento de amor, como llegar a iluminarle en el misterio del amor. Difícil, es verdad, hace falta fe. Y en el momento de la oscuridad no se ve nada. Y en este momento uno lo echaría todo a rodar porque no hay luz, porque en ese momento es inútil cuanto me digan, porque se me hace todo incomprensible. Es normal. Pero hay momentos de luz en los cuales se traza el camino. *"Y cuando luego camine por tinieblas y sombra de muerte no temerá mi corazón"*, no porque veo el camino, *"¡porque Tú estás conmigo!"*.

Y ahí nos haría un bien inmenso la contemplación, en esos momentos de crisis, de dificultad, de esa imagen bendita que nos recuerda que en el centro de la vida y del dolor está el amor, el amor de un Dios que se ha hecho Hombre por nosotros y ha tomado todas nuestras miserias sobre sí para elevarlas y purificarlas con lo infinito de su amor.

Que sea así nuestra vida, de temple, de generosidad. Que nuestro amor se purifique cada vez más, y se haga sólido y

fuerte a imitación del amor del Corazón de Cristo. Que así sea.

8

CORAZÓN DE CRISTO, SIGNO PATENTE DE LA CIVILIZACIÓN DEL AMOR:

“POR LA REDENCIÓN DEL MUNDO”

Homilía pronunciada el 4 de mayo de 1979

Vamos adelante en esta serie de celebraciones de los primeros viernes en este lugar santo. Y vamos acercándonos también a la coronación de la preparación para el LX aniversario de la consagración de España al Corazón de Jesús. El próximo mes, el día 3, tendrá lugar el acto conmemorativo aquí sobre el Cerro de los Ángeles. El

domingo 3 de junio que coincide, precisamente, con la fiesta de Pentecostés. Tendremos todavía el acto de la última reunión nuestra el primer viernes de mes. Será como todos los demás que hemos tenido, a la misma hora. Y concluiremos con él esta especie de catequesis sobre lo que es la devoción al Corazón de Jesús.

Hablábamos y hemos expuesto el sentido del Misterio del Corazón de Cristo. Hemos expuesto la respuesta del hombre, la consagración, el amor. Hemos expuesto, comenzábamos a exponer mejor dicho el último día, el sentido del dolor. La contemplación de ese signo lleno de significado nos llevaba a ver también ese aspecto que presentábamos como algo que existe en la vida del hombre, que no podemos desechar de nosotros pero que hemos de colocar en su lugar que es el Corazón de Cristo, que es el amor. Y lo veíamos como purificación y expresión del amor. Un primer acercamiento a este misterio del sufrimiento y del dolor humano.

El discurso sería largo en todos estos temas que llegan a los puntos centrales de la vida del hombre. Pero quisiera dedicar esta catequesis de hoy a otro tema dentro de esta visión del hombre y de la familia en el Corazón de Cristo.

Pedimos en todas estas celebraciones que el Señor reine en nuestro pueblo, que el Corazón de Cristo extienda su reinado. Y lo pedimos muy de veras y lo pedimos con toda nuestra alma. No entramos ni en las formas de gobierno ni entramos en las formas de la economía. Lo que pedimos, como pide continuamente nuestro *Papa Juan Pablo II*, es

que el Reino de Cristo se realice en las actuales condiciones de los hombres: el Reino de Cristo y las exigencias del amor de Cristo. Lo pedimos pues y lo seguimos pidiendo. Pero a veces tiene uno la impresión de que cuando pedimos que *venga ese Reino sobre nosotros*, a veces, como que nosotros mismos nos descartamos de ese Reino. Diría, quizás con una expresión no del todo exacta, pero que se acerca a la experiencia vital, diría que pedimos por los demás: -Que venga aquí alrededor de nosotros tu Reino, que venga a los que nos rodean, a las Instituciones que nos rodean. Y quizás escondidamente lo pensamos para que a nosotros nos dejen en paz donde estamos. Que los otros se conviertan para que nosotros disfrutemos de lo que tenemos y no nos molesten y no nos estorben. Sería una grave deformación mis queridos hermanos. Si pedimos que venga el Reino de Cristo sobre nosotros tenemos que estar convencidos de que ese Reino de Cristo es una batalla en nuestro corazón, en nosotros. **Pedir que venga el Reino de Cristo no es pedir nuestra comodidad, no es pedir que nos dejen en paz a nosotros, sino es pedir que todos los hombres, empezando por nosotros mismos, nos rijamos por el Corazón de Cristo.**

Y esto ¿qué exige de nosotros? Un desprendimiento, un despojo interior, un examen a fondo para ver cuál es nuestra postura real ante el Corazón de Cristo. No es para decir: -Que los pueblos se conviertan, que los otros se hagan buenos, que así gozaremos de la paz que tenemos. No es sólo eso. El Señor dice: -*“He venido a traer, no la paz sino la guerra”*. Es verdad que nos trae la paz, pero es verdad

que nos trae la guerra. Porque 'la guerra' y 'la paz' se entienden en dos sentidos diferentes: tenemos que hacer la guerra a nuestro egoísmo, la guerra a nuestro amor propio, para encontrar la paz de Dios, la paz del amor de Dios que nos domina, que nos transforma. Pero ¡empezando por nosotros mismos! Por lo tanto el Misterio del Corazón de Cristo no es dejarnos en paz en nuestros egoísmos, no es buscar una excusa para seguir adelante tranquilamente y sin transformar nuestra existencia. Necesitamos iluminarla toda entera por la luz del amor de Cristo, de la Redención de Cristo, para tomar las posturas que ese amor de Cristo requiere de nosotros en el momento concreto. Y examinar nuestro comportamiento, y examinar nuestros propios abusos, y examinar nuestra dureza con los demás.

Hemos contemplado el Corazón de Cristo. Suele achacarse a veces a la devoción al Corazón de Cristo que es un intimismo, que satisface al hombre porque lo hace evadirse de la realidad y lo hace refugiarse en una contemplación que lo serena, que lo consuela, que lo envuelve en una especie de atmósfera que es dulce, suave, y de esta manera lo aliena de la existencia. Esta formulación exagerada, que quizás en algunos casos pueda tener un punto de apoyo, hemos de procurar que no tenga ninguna realización en nuestra vida. ¡No es eso absolutamente!, ¡no! Es verdad que una de las maneras infantiles con que los hombres buscan su felicidad es precisamente la de evadirse de las dificultades que encuentran en su camino. ¡Es una solución infantil! La verdadera solución es superar las dificultades, no evadirlas simplemente, no evadirse de ellas. Por lo tanto

aquí evidentemente no se trata en nuestro caso de evadirnos, de desinteresarnos, de refugiarnos.

Si en una familia no se encuentra uno feliz, y no encuentra uno el camino de la superación de los obstáculos que han nacido en el amor, que han nacido en la educación de los hijos, y se refugia en una piedad en la cual se abstrae, se desinteresa, porque lo confía todo al Corazón de Cristo, y entonces él se dedica o ella se dedica a la devoción, a la contemplación del Corazón de Jesús, eso sería una evasión. No es ésta la línea que nos enseña el Corazón de Cristo, es una incomprensión. Es verdad que en el acercarse a ese Corazón de Cristo puede encontrar uno fuerza y alivio y consuelo, pero no para retirarse sino para superar la dificultad, para enfrentarse con la realidad tal como es, para acercarse a esa realidad renovado, transformado, fortalecido. Pero para establecer, de esta manera, una postura que es la que corresponde a la obra de Redención a la que Cristo nos ha llamado a nosotros.

Para explicar este matiz, que me parece fundamental en todo lo que ha de ser nuestra concepción del Reinado del Corazón de Cristo, puede servirnos lo que quiero expresar con unas cuantas ideas.

Cuando nosotros **contemplamos el Corazón de Cristo** podemos contemplarlo en un sentido de intimismo porque es real. **Es la intimidad de Dios que se me abre y yo la reconozco y yo me dejo asumir en esa intimidad de Dios**, y entonces soy realmente tomado por Él en la riqueza y en la abundancia insondable de su amor. Pero yo puedo

contemplar de otra manera el Corazón de Cristo. El Corazón de Cristo es el gran misterio. El Papa en su Encíclica preciosa *Redemptor Hominis* ha querido recalcar que *Jesucristo es el Redentor de cada hombre*. No es Redentor solamente de la humanidad en general, es Redentor de cada hombre, ¡de cada hombre! ¡Es Redentor tuyo, personalmente tuyo! *Conoce* -como repite *Juan Pablo II* con insistencia- *a cada hombre irrepetible, único. Lo ama, lo sigue*. Entonces **nuestra contemplación del Corazón de Cristo puede tener este otro sentido**, y debe tener también. No es lo uno o lo otro, ¡también! **Este ver, en ese Corazón encendido, el amor que Él, Dios, tiene en Cristo a tu hermano, a tu hermano**. Y cuando digo *tu hermano* digo *los miembros de tu familia*, digo *los amigos*, digo *los hombres*, digo *cada uno de los que tú encuentras en tu camino*. Y entonces nos introduce de esta manera en el valor del hombre.

El *Papa Juan Pablo II* en su Encíclica repite una idea que ya aparecía en el *Concilio Vaticano II*, pero que a él repetidamente le gusta recalcar. Y es que ***Cristo y el Corazón de Cristo es camino a Dios y es camino al hombre***.

Camino a Dios porque **en Cristo y en el Corazón de Cristo se nos revela lo que es Dios para nosotros**, el amor infinito. ¡Que *Dios es Amor!* Que Dios, con toda la riqueza de sus atributos, se nos abre en la expresión de su intimidad para nosotros. Y así es camino que nos lleva a Dios, camino al Padre. Pero es también **camino al hombre**. El gran peligro nuestro, mis queridos hermanos, es que no

llegamos a apreciar al hombre. Decía san Agustín que *una de las fuentes del ateísmo es la baja estima que el hombre tiene del hombre*. Y es verdad. Si lo vemos sólo con ojos humanos: este hombre, ¿merece que yo me sacrifique por él? ¡Sólo con ojos humanos, no! Tienen razón esos filósofos que presentaban como absurdo el que uno quisiese preocuparse por el hermano inválido, por el hombre inválido, por el hombre minusválido, por el hombre deficiente, sino más bien decían: -Tú procura desarrollar todas tus potencias, que eso vale mucho más que estar entretenido en estar sosteniendo a quien es ya un deshecho de la vida. Humanamente sería difícil contradecir este pensamiento.

Por eso, cuando leíamos ahora ese evangelio, en que el Señor ha querido indicarnos lo que es la Redención, y nos ha dicho que *Él es el Buen Pastor que deja las noventa y nueve ovejas y va en busca de la que se le ha perdido* -y ésa que se le ha perdido es todo hombre incluso alejado de Dios, incluso vicioso, incluso depravado, y dice que Él deja las noventa y nueve por ir en busca de ella-, nos quiere enseñar que **el gran misterio de todo lo que nos rodea es que Dios ama a cada hombre aunque sea depravado**. Si Dios le ama así, ¿no será digno de que yo le ame también? Y ahí tenemos el Corazón de Cristo como una especie de faro encendido que nos está iluminando el valor del hombre, que está iluminándonos el valor de esa persona a la que tú no puedes tragar, de esa persona que te molesta, de esa persona que te es antipática. Y sin embargo, es verdad que si te fijas en el Corazón de Cristo, Él está encendido de amor

hacia esa persona y ha dado su vida por esa persona. Y está buscando a esa persona, está anhelando de poder tener la intimidad abierta de esa persona a la cual está ofreciendo su amistad. Y así Cristo se ha hecho camino para que lleguemos al hombre y lleguemos a la intimidad del hombre. Cristo, Corazón de Cristo, camino del hombre.

Y evidentemente que inmediatamente aparece, desde ahí, que el Corazón de Cristo no nos aleja del hombre. Al contrario, nos acerca al hombre porque nos revela su valor, nos significa lo que es la Redención que Cristo ha ofrecido por él, y nos invita a nosotros a amarle. Y entonces comprendemos que ese fuego encendido debe arder también en nuestro corazón. Y que si yo me dirijo al hermano y me dirijo al hombre al que yo encuentro, no es simplemente para cumplir una orden que Él me ha dado, que como yo le amo cumplo una orden, sino que es necesario que en mí arda el fuego de un verdadero amor hacia él porque el Señor ha puesto en mi su caridad. Y por eso leíamos en la epístola de hoy, leíamos en la lectura de san Juan que *"en esto se conoce que la caridad está en nosotros en que amamos al hermano"*. No sólo en que cumplimos la orden que nos da de hacerle bien, sino que en nosotros se suscita el verdadero amor hacia el hermano.

Y aquí nos ilumina de esta manera el Corazón de Cristo en esa verdad vital del cristianismo: que **¡somos uno!**, que la obra de la Redención nos ha hecho de manera especial uno. *"Que sean uno en nosotros como Tú, Padre, en Mí y Yo en Ti"*. No solamente que se quieran con un amor humano, *"que sean uno"*, uno por la caridad. Porque ese mismo amor de

Cristo está en nosotros como Él lo pedía en la oración sacerdotal: *"Para que el amor con que me amaste esté en ellos y Yo en ellos"*. Y entonces comprendemos la fuerza que tiene esa visión del Misterio del Corazón de Cristo.

Contemplar al Corazón de Cristo es ser llamado continuamente al amor del hermano. Es ser llamado continuamente al amor del hermano fundado en el amor de Dios que Él pone en nosotros, no en una simple filantropía, no en una simple situación humana, sino en la verdad de que somos uno. Y que **nos debemos sentir uno**, profundamente unidos desde dentro, en la solidaridad ante Dios y en la realidad de nuestra vida humana. Y aquí está el horizonte abierto para nosotros. Y aquí está la clave de nuestras mismas respuestas al Señor.

Es necesario que reflejemos en nosotros el amor de Cristo. Es necesario que esa mirada nuestra hacia el hermano está cargada con la fuerza del amor del mismo Cristo. Es necesario que, a la manera del amor de Cristo, estemos dispuestos a dar la vida por los hermanos. Es necesario que estemos dispuestos a despojarnos de lo superfluo. No es que vamos a pedir que nos hagamos pobres, no se trata de eso. Como decía el mismo san Pablo: *"Yo no pido que os hagáis pobres para ayudar al hermano. Lo que pido es que no seáis excesivamente superfluos en vuestros bienes sino que ayudéis a los hermanos"*. De la manera más inteligente pero con la fuerza del fuego del amor. Y es donde se introduciría en el mundo la civilización del amor.

Diría que **el Corazón de Cristo es el signo patente, es la bandera levantada de la civilización del amor.** Esa civilización que necesitamos en medio de una humanidad que, con excusa de servir al hombre, introduce dentro de la humanidad el odio. Tenemos que introducir nosotros la civilización del amor, la civilización de la prontitud de servicio, de ese servicio real, de esa entrega generosa, de ese despojo de nosotros mismos, para poder ayudar y poder servir. No sólo con unos ideales muy vagos y muy generales, que a veces nos sucede así que estamos sumamente entusiasmados con la transformación del mundo y descuidamos la ayuda de esas personas concretas que tenemos a nuestro alrededor, y que son aquellas a las cuales tenemos que manifestar en nosotros la cercanía del amor de Dios.

No es intimismo el Misterio del Corazón de Cristo, no. El misterio del Corazón de Cristo es fraternidad, es elevación del hombre, es comprensión de la dignidad humana a la luz del amor de Dios. Es comprensión de una civilización nueva, es el mensaje evangélico que traemos a este mundo. No son soluciones económicas precisamente -eso toca a los hombres con sus cálculos humanos-, pero es necesario, sí, que todas las soluciones estén empapadas en la ley del amor, en la ley de la caridad. Que esa ley de la caridad lo domine todo, que esa ley de la caridad lo rija todo de verdad, que toda nuestra vida esté dominada por el Corazón de Cristo. Ése es el reinado del Corazón de Cristo. Somos solidarios. No es un intimismo, es una proyección fraterna que nos hace a todos hermanos en el Corazón de

Cristo. *Si miráramos todos así hacia el Corazón de Cristo entonces Él nos daría su Espíritu*, y entonces procederíamos de otra manera entre nosotros, por la fuerza de su caridad y de su amor.

Es pues básico en el Misterio del Corazón de Cristo el concepto de nuestra solidaridad. Es esa verdad fundamental del cristianismo que se llama *'la comunión de los santos'*, la unión de todos. Cuando nosotros somos consecuentes con la vida que el Señor ha difundido en nosotros nunca podemos sentir a nadie lejano de nosotros. Ni siquiera es un simple amigo humano, ¡es uno!, ¡es uno! Y de ahí que nuestra entrega al Señor nunca prescinde de nuestra vinculación con todos, siempre la incluye. Y siempre, en nuestro ofrecimiento, ofrecemos también a todos aquellos que están vinculados con nosotros.

E igualmente en el otro aspecto. Ayer, en el ayer de nuestras reuniones, el último primer viernes, hablábamos del dolor, hablábamos del comienzo de una idea tan propia de esta visión del Corazón de Cristo como es **la reparación**. Pues bien, el concepto básico de **la reparación es ese amor, este amor fraterno que nos une, este amor fraterno que hace que mi hermano, su vida, su presencia ante el Señor, la sienta como mía**. Por eso, en la base de esa reparación está ese amor. Y cuando yo me siento uno, el pecado de mi hermano es mío, y lo siento como mío. Y por lo tanto mi amor al Señor trata de evitar ese pecado 'nuestro', ¡'nuestro' pecado! Los del mundo son 'nuestros' pecados. Entonces, en la fuerza de ese amor, queremos amar; pero no simplemente amar al Señor

porque yo soy bueno y quiero amarle, sino amarle por lo que nosotros, todos unidos, no le amamos. Y al mismo tiempo ofrecer nuestra vida con la de Cristo por la Redención de ese mundo que es nuestro. ¡Somos uno con Él! ¡Son nuestros hermanos! ¡Yo y los hermanos que me has dado!

No hay pues peligro de alienación, no. El Corazón de Cristo nos lleva a la vida, nos lleva a la vida personal, nos lleva a la vida familiar, pero con todas sus exigencias, con toda esa proyección real de la vida humana que tiene que ser toda ella santificada por el Señor.

No pedimos pues simplemente que venga el Reino de Dios sobre nosotros. Pedimos que venga sobre nosotros, pedimos que nos transforme, pedimos que nuestro corazón se llene de tal manera de la caridad de Cristo, que *tengamos en nosotros los mismos sentimientos de Cristo*.

Quiero terminar este mes de Mayo con un recuerdo a la Virgen, que vamos a tomarla como modelo de esta unión.

María es para nosotros modelo, de muchas maneras, de nuestro acercamiento al Corazón de Cristo. María se entregó al amor de Cristo, se entregó al amor del Padre en aquella consagración, que podemos llamar así, de la Anunciación. María fue dócil a la acción del Espíritu Santo que vino sobre Ella. María acompañó a Cristo con los sentimientos más cercanos, con un Corazón que latía al unísono del Corazón de Cristo. María reparó por las injurias que recibía Cristo. María lo acompañó en su Pasión. María sintió las ofensas que se cometían contra Él. María amó a

Cristo también en la Eucaristía. Cuando en su vida, después de la Ascensión del Señor, tenía entre sus manos la Eucaristía, María amaba a su Hijo y al Corazón de su Hijo por todos los que no apreciaban los dones infinitos de su amor. Es para nosotros pues un modelo. María es modelo de esto que estábamos diciendo precisamente, de que no es sólo un intimismo con Cristo y un intimismo con el Padre. **María es modelo de la asociación a la Redención.** María precisamente, por su identificación con Cristo, es Madre nuestra y está cerca de cada uno de nosotros, y la vida de cada uno de nosotros la asume en su propio Corazón y la presenta continuamente al Padre.

El *Concilio*, hablándonos de la Virgen, dice esta palabra profunda, dice así: *María la más excelsa de todas las criaturas después de Cristo, después de la humanidad misma de Cristo, y la más cercana a los hombres. De todas las criaturas la más alta, la más cercana.* Podría parecer esto una paradoja. Parece que *cuanto más alta* es una persona más lejos está. No es verdad. *Cuanto más alta* quiere decir que está más compenetrada con Dios, y cuanto más compenetrada con Dios más cerca está del hombre, porque no hay nada más cercano al hombre que el Corazón de Dios. Y cuanto más se identifica uno con el Corazón de Dios más cerca está, se identifica, con el corazón del hombre. Él mismo nos lo indica: "*Lo que hacéis a uno de estos a Mí me lo hacéis*". Por lo tanto vemos en María el modelo de esta realidad de la vida cristiana, de esta identificación con el amor de Cristo que nos hace estar más cercanos a los

hombres de lo que la mera relación humana nos puede colocar.

Llenos pues del fuego del amor de Cristo, que ese fuego nos transforme, que ese fuego cambie nuestro corazón, nuestras disposiciones interiores, que ese fuego nos posea de verdad. Entonces comprenderemos cómo, en la fuerza de ese Espíritu Santo, nos abrimos a los hermanos, nos hacemos uno con ellos. Nos hacemos uno en solidaridad ante el Padre y sentimos que nuestro corazón se conmueve por su situación, palpita con ellos y pone la propia persona al servicio de su necesidad. Que así sea.

9

MIRARÁN AL QUE ATRAVESARON:

ME CONSAGRO A TU CORAZÓN

Homilía pronunciada el 1 de junio de 1979

Queridos hermanos: *“La caridad de Dios se difunde en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado”*, repetía así san Pablo exponiendo un hecho fundamental de nuestra vida cristiana y que es la base de nuestra esperanza. *La caridad de Dios* es el fundamento de nuestra vida como cristianos. Pero nosotros no podemos merecer la caridad, la caridad es el don de Dios a nosotros. ¡Dios nos ama!

Cuando san Juan, después de haber participado en aquellos momentos trágicos de la pasión y muerte de Jesús, y está allí al pie de la cruz con María, nuestra Madre, contemplando la obra que hemos hecho nosotros los hombres *crucificando y dando muerte al autor de la vida*, mientras está contemplando ese Cristo crucificado, él penetra el plan entero de la Redención. Y comprende que Dios no ha hecho más que ir manifestando su amor al hombre, que desde que lo creó no ha hecho más que ser el Dios Amor. Y lo comprende y lo ve sintetizado en aquel Cristo que ha dado su vida. Y es *Juan Pablo II* el que en su Encíclica grandiosa *Redemptor Hominis* nos presenta toda la visión de la Iglesia y toda la visión cristiana bajo la luz del Cristo redentor. Y tiene esa frase grandiosa: ***En la cruz se manifiesta el amor del Padre a los hombres, la fidelidad total del amor del Padre, del amor de Cristo, de aquel amor, que como él dice con frase vigorosísima, no le retrae de las exigencias que en Él mismo tiene su justicia.*** Y ése es el milagro de esa cruz donde está el Hijo de Dios crucificado.

Nosotros fácilmente solemos decir: -Si Dios me ama que me quite las molestias de la vida, si Dios me ama que me quite las dificultades de cada día. Porque si me quiere de verdad, ¿cómo puedo yo creer que Él me puede dejar en medio de mi enfermedad, de mi dolencia? Y no comprendemos que la grandeza del amor de Dios no está en los caprichos de un padre demasiado bondadoso en sentido dulzón de la palabra, sino en el amor que es un amor tan vigoroso que no se echa atrás, sino que asume las exigencias de la

justicia, de la misma santidad de Dios. Y éste es el Cristo crucificado: *la misericordia y la justicia se besaron.*

Y ahí está Cristo colgado de la cruz. Y Juan lo contempla. Y contempla con esa luz nueva toda la obra del Antiguo Testamento y el cuidado de Dios sobre el pueblo. Y cómo todo eso ha venido a concentrarse en ese momento en que *el velo del templo se ha rasgado*, porque se ha manifestado de una manera explosiva el misterio del *Dios que es amor*. Y ahí hemos aprendido el amor de Dios. Y ahí hemos aprendido a saber que, aun cuando en ciertos momentos nos encontramos en medio de la oscuridad y nos resulta incomprensible el camino de Dios, que el amor de Dios va por encima de todos esos problemas nuestros, de esas oscuridades, de esos momentos en los cuales el corazón humano estalla también pero de otra manera, no con el estallido del amor sino con el estallido de la desesperación y del odio, porque no sigue ya el camino de Dios.

Y ahí queda Cristo en la cruz, el camino que nos abre la intimidad del Padre y el camino que nos abre la intimidad del hombre. Es grandiosa esta visión de Juan.

Y cuando él está así contemplando, meditando, penetrando en ese misterio del Cristo crucificado, *el soldado que se acerca y, al verlo ya muerto, le clava la lanza en el costado y de allí brota sangre y agua*. Y Juan insiste: "*Y el que lo ha visto da testimonio, y Él, Dios, sabe que dice la verdad*", que es así, que le abrió el costado, que salió sangre y agua. Y ahí ve todavía la expresión aún más gráfica de lo que ha sido y es y será el amor de Dios, un amor de Dios tenaz, un amor

de Dios fiel, que cuando el hombre le hiere derrama sobre él la sangre y el agua, *los torrentes del Espíritu Santo* sobre los que le contemplan, *los que miran a quien atravesaron*.

Y así está Cristo con el Corazón abierto. Y ése es el Corazón de Cristo que nosotros veneramos. No es un recuerdo del pasado, es el Corazón siempre abierto, es el mismo que dio su vida y el que está ahora con los brazos extendidos hacia el Padre, *siempre vivo para interceder por nosotros*, y es el que nos lleva grabados en su Corazón, y es el que nos lleva en lo íntimo de su amor. Y es el que continuamente se ocupa de nosotros y se interesa de nosotros, no a la manera caprichosa de un padre bonachón, sino con la seriedad infinita del amor infinito. Y nos sigue y nos abraza y se nos muestra. Y es lo que hemos ido comprendiendo a lo largo de estos días en que hemos reflexionado y meditado. También nosotros hemos ido mirando al que atravesamos. Y hemos comprendido el torrente de sangre y agua que brota de su Corazón, que es el torrente del don del Espíritu al mundo que quiere invadirnos, infundirnos su caridad, transformar nuestro corazón en un corazón como el suyo, para de esta manera crear la civilización del amor, esa civilización tan necesaria en el mundo y que es la que corresponde a los planes de Dios.

Vamos a contemplar también nosotros. Ese "***mirarán al que atravesaron***", que dice san Juan, se refiere a cada uno de nosotros. Tenemos que mirar. Y ese *mirar* en san Juan significa *contemplar penetrando, contemplar llegando hasta el fondo del sentido, comprendiendo el signo*. Pero evidentemente ¿quiénes somos nosotros para penetrar en

lo profundo del Corazón de Dios si somos incapaces de penetrar siquiera en el profundo de nuestro corazón, si somos incapaces de penetrar en el corazón de todo hombre? Y entonces nos dice san Pablo: *"Nadie puede entrar en el Corazón de Dios sino el Espíritu de Dios"*. Y entonces nosotros mirándole, entreviendo que hay un misterio infinito e inmenso que nos saciará plenamente, invocamos al Espíritu Santo, porque le pedimos luz al Señor: *¡Envía tu Espíritu Señor, ilumínanos para comprender!* Y así lo dice el mismo san Pablo cuando escribe en la carta a los Efesios: *"Yo doblo mi rodilla ante el Padre de quien viene toda paternidad en el cielo y en la tierra para que abra vuestros ojos y os ilumine y podáis comprender el misterio insondable de Cristo"*. Y nosotros doblamos nuestra rodilla con el apóstol, y humildemente, por intercesión de la Virgen, le pedimos que ilumine nuestro corazón, que nos dé fuerza, vigor, para saber captar, aguantar, el peso infinito del amor de Dios que viene sobre nosotros. Y entonces el Espíritu nos ilumina. Así tenemos que contemplar al Corazón de Cristo, contemplarlo como la síntesis de lo que es Dios para con nosotros.

En una de nuestras últimas reuniones, en un Congreso de Bogotá, un joven nos cantaba un cántico compuesto por él mismo, y que me parece que se refleja plenamente en esta nuestra reunión, en este momento, y se ha de realizar más plenamente en el encuentro del domingo próximo. Decía en ese canto, en ese canto nuevo que él mismo había compuesto: *Si los hombres volvieran la mirada hacia el*

Corazón de Jesús, Él les daría su Espíritu, todo sería distinto, unidos en el Corazón de Jesús. Me parece luminoso.

Es lo que está sucediendo ahora aquí entre nosotros. Estamos volviendo la mirada hacia el Corazón de Jesús en medio del mundo que nos acosa de tantas maneras, de tantas formas, que a cada uno le atenaza con su matiz propio. Y es el mundo en el cual vemos el desorden y vemos la obscenidad y vemos la pornografía y vemos el egoísmo y vemos la ambición y vemos la violencia. Y se nos convierte como una noche que trata de ahogarnos. Y en medio de esa noche nosotros levantamos la mirada, como decía el salmista, *"desde lo profundo levanto mi mirada hacia Ti, Señor"*. Y entonces si los hombres vuelven la mirada... Y nosotros volvemos la mirada, como lo había ya predicho el mismo san Juan, como lo hizo él mismo, volvemos la mirada hacia el Corazón de Jesús, hacia el Corazón abierto de Cristo, hacia ese Cristo que nos ha amado tanto que ha dado su vida y que está ahí con su pecho abierto. Porque no es Él el muerto: *Que no el amor el muerto, Vos sois el muerto de amor; que si la lanza a mi Dios el corazón puede herir, no pudo el amor morir, es tan vida como vos.*

Y ahí está el Corazón abierto. Es el mismo Cristo resucitado pero es *el Cordero que está como inmolado junto al trono de Dios*. Y ahí está enviando sobre la tierra el torrente de sangre y agua que brotó de su Corazón. Eso fue un momento con una fuerza simbólica, pero que se está realizando siempre, ahí está el Cordero inmolado de la Eucaristía, el Cordero inmolado frente al Padre, mirándonos, abriéndonos sus brazos. ¡Y nosotros lo

miramos y lo contemplamos! ¡Si volvieran los hombres la mirada hacia el Corazón de Jesús!

El Espíritu nos sostiene en la mirada. Y nuestra mirada penetra más allá de la carne, penetra hasta el abismo, hasta donde están *los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios*, donde están los tesoros de la misericordia, donde están los tesoros del amor. Y hacia ahí entramos como en un abismo bienaventurado, y tratamos de penetrar con la fuerza del Espíritu *“para comprender lo largo y lo ancho, lo alto y lo profundo del amor de Cristo que supera todo conocimiento humano”*. Y lo vamos contemplando. Y nos elevamos desde la pequeñez de la tierra superando nuestro propio egoísmo, nuestras propias limitaciones, nuestra propia sed de venganzas y de odios. Y vamos subiendo y entrando más adentro.

“Y él les daría su Espíritu”. Podría parecer que si ya vamos contemplando ya lo tenemos; no, son dos pasos distintos. El Espíritu nos sostiene la mirada, el Espíritu nos ilumina, pero una cosa es la acción del Espíritu y otra es la posesión del Espíritu. **La posesión del Espíritu es el don mismo del Espíritu que se da a nosotros**. La obra de la Redención de Cristo podríamos decir que se sintetiza en que nos ha dado su Espíritu, en que nos ha reconciliado con el Padre y nos ha dado su Espíritu que es ahora nuestro porque se nos ha dado de verdad. Así como *el Verbo se hizo carne*, luego *el Espíritu se dio a nosotros*. Se ha comenzado esa nueva época. Y ese Espíritu nos lo da el Corazón de Cristo, lo anunciaba Él mismo en la Última Cena. *“Cuando Yo sea levantado de la tierra todo lo atraeré hacia Mí”*. Y

concretamente decía: *"El Paráclito que yo os enviaré de junto al Padre"*. **Es Cristo el que amándonos con su Corazón abierto, amándonos, nos da el Espíritu Santo.** Esto es lo que se está realizando ahora. Esto es lo que tenemos que ver, como visión sobrenatural, en la concentración del domingo próximo: el Pueblo de Dios, de nuestra Patria, que se congrega, que levanta la mirada hacia el Corazón de Cristo y Él le da su Espíritu.

El domingo próximo es Pentecostés. Y **el Espíritu Santo es el gran don del amor de Dios. Y ese Espíritu que se nos da es, el que estando en nosotros, nos inunda de caridad y nos inunda de amor. Y entonces va transformando nuestro corazón, y nuestro corazón se va haciendo semejante al de Cristo,** también un corazón que sabe entregar la propia vida, que sabe amar de veras, no desviando y quitando por encima de todo las cruces, sino asumiéndolas con amor, asumiéndolas y superando con amor el desamor, el egoísmo y el odio.

¡Qué fácil es para nosotros la tentación de descender de la cruz! ¡Qué fácil es para nosotros la tentación de responder a la violencia con la violencia o si no retirarnos o retraernos! ¡Qué costoso es luchar con amor! ¡Qué costoso es actuar con amor en todo: en lo personal, en lo familiar y en lo social! Y sin embargo tenemos que ser portadores del amor de Cristo. Y ese amor ha de ser creciente. Esa mirada nuestra al Corazón de Cristo en estas circunstancias que son las

propias del momento actual de la vida de cada uno de vosotros.

Yo comprendo la mirada del Señor que desde aquí se fija en cada uno de los que estáis presentes, y conoce la historia de cada uno. Y conoce sus misericordias con él, y conoce sus debilidades, y conoce todo el proceso de su desarrollo personal. Y en este momento os ha concentrado aquí, os ha traído aquí junto a Él. Y Él os contempla y os mira y quiere infundiros su amor. **Y esa mirada suya es la que fijándose en vosotros, comunicándoos ese Espíritu, hace que la vuestra se dirija hacia Él y os sintáis elevados sobre vosotros mismos. Y esto es lo que llamamos consagración, entrega.** Llamados por Él, porque la entrega no parte de nosotros mismos, la entrega parte de la invitación del Señor, de que Él nos atrae, "todo lo atraeré a Mí". Y Él te atrae. Y Él te está infundiendo dentro del corazón el deseo de corresponder y de amar y de ser fuente, instrumento de amor.

Y entonces tú, en estos días y en este momento, y el domingo que viene, quieres responder y entregarte con la fuerza del Espíritu Santo. Y al entregarte tu mirada se hace más penetrante. **Y al entregarte no es sólo la mirada la que penetra en el Corazón de Cristo, sino es tu persona y es todo tu ser el que es asumido por ese amor.** Y entras dentro de ese abismo y te pierdes en ese abismo. ¡Y ahí encuentras la misericordia que perdona, y ahí encuentras la fuerza que sostiene, y la fuerza que lleva adelante, a través de las imperfecciones de nuestra vida! ¡Y ahí encuentras la luz y el amor que te acogen y que te inundan en la paz! Esa

paz que hemos de llevar siempre, y esa paz que no consiste en declinar los obstáculos sino en mantenerla por encima de los obstáculos, sin que nada pueda perturbarla porque es la paz de Dios. Porque ese mismo Dios que ha dicho que *ha venido a traer la paz al mundo*, es el que nos dice que *ha venido a traer la guerra al mundo*. Porque no están las dos cosas reñidas: Es que hay que hacer la guerra con paz y hay que hacer la paz por encima de todo. Y para eso tenemos que tener en nosotros la caridad de Cristo.

Esta va a ser nuestra conclusión: nuestra entrega. Pero es verdad que toda entrega nuestra no es punto de término sino punto de partida para una nueva penetración. Y esto me parece que es fundamental para nosotros, mis queridos todos, y es que hoy no estamos terminando una etapa simplemente, estamos abriendo una etapa. Ese encuentro que tendremos el domingo no es ya la conclusión para decir: -ya se ha acabado. ¡No!, ¡es comenzar! Lo mismo que el matrimonio que se contrae no es el término del amor, es el comienzo de un amor que tiene que ir creciendo. Pues bien esa contemplación de Cristo no es para decir: -¡ya se ha acabado!; esa entrega nuestra no es para decir: -¡ya he llegado a la cumbre!, sino es entrar en un camino, es comenzar una carrera. Es comprender que nuestra entrega es siempre pequeña, es siempre limitada, que *la caridad de Dios nunca se acaba*, que *se hace dentro de nosotros como una fuente que salta hasta la vida eterna*. Y que hemos de salir de aquí ahora, y que hemos de salir de nuestro encuentro del domingo próximo, con un deseo de más

entrega, de más amor, de más purificación, de más inundación de caridad al mundo.

Que de este *monte santo*, cuando salgamos y bajemos a la realidad, nos suceda algo parecido a lo que sucedió al Señor en el monte de la Transfiguración. Allí se transfiguró, como también entre nosotros. Ahí los apóstoles penetraron en lo que Él mismo les revelaba con su luz. Y estaban tan bien que la tentación de Simón Pedro fue la de quedarse: - *¡Quedémonos aquí! ¿Por qué no hacemos aquí tres tiendas?* Pero el Señor les hace comprender que no es ese el fin de su manifestación. **Si el Señor se nos manifiesta, si el Señor nos inunda de su paz y de su gozo, no es para que nos quedemos simplemente en el monte santo, sino para que bajemos del monte a la vida y para que seamos nosotros conducto y cauce del Espíritu Santo que, en nosotros y por nosotros, quiere transmitirse al Pueblo de Dios que aún nos espera.**

Decía: toda consagración es imperfecta, toda consagración es comienzo. En la consagración que yo hago palpo que no llego todavía a entregarme del todo, siento en mí las deficiencias. Y **en la consagración misma ofrezco a Cristo al Padre en reparación de esas imperfecciones que me acompañan y que yo voy a tratar de ir combatiendo.**

Y eso que vale de mi persona, vale de la familia. Y eso que vale de la familia vale de la sociedad y del Pueblo de Dios. Nosotros somos una pequeña parte de ese Pueblo de Dios. No podemos contentarnos con venir nosotros. No podemos contentarnos con transformar nuestro corazón, sino que

hemos de comprender que ese Corazón de Cristo abierto, que siempre queda abierto, que ese Corazón de Cristo atravesado con sus espinas, no es sólo un hecho pasado. Quiere decirnos, quiere meternos por los ojos, que es el Corazón sigue todavía sin haber alcanzado la plenitud de la Redención. Y todos nosotros hemos de asociarnos al Corazón de Cristo para realizar la plenitud de la Redención.

A partir de ahora tenemos que mirar una meta más lejana. Y hemos de procurar todos el perfeccionamiento de nuestra consagración, el perfeccionamiento de nuestra entrega al Señor, y la entrega de nuestra persona para que Cristo reine de veras en todo su pueblo. ¡Él es Rey!, ¡tiene derecho a reinar!, ¡quiere reinar! ¡Pero quiere reinar por el camino de la convicción, por el camino de la caridad, porque es Rey de justicia, de amor y de paz! Pero a través de ese camino, es necesario que transformemos al pueblo. Porque España será lo que es el pueblo de España. No se arregla todo con unas fórmulas sino que es necesario que la vida nuestra sea lo que debe ser, es necesario que cada uno de nosotros sea de veras de Cristo. **Y sería una paradoja que tuviéramos el anhelo de que toda nuestra Patria fuera de Cristo, y lo único que depende de nosotros, que somos nosotros mismos, no acabáramos de entregarnos a Cristo.**

Hermanos, el domingo próximo es el gran día. Es Pentecostés, es el don del Corazón de Cristo a nosotros. Que ya desde ahora lo invoquemos, pero **que nuestra invocación sea la mirada penetrante con la entrega de**

todo nuestro ser al Corazón traspasado de Cristo. *Si los hombres volvieran su mirada al Corazón de Jesús, Él les daría su Espíritu.* Y el día de Pentecostés, me parece verlo con visión sobrenatural, cómo el Espíritu baja de esa imagen sobre el Pueblo de Dios para derramar en él los torrentes de la caridad. Que así sea.

10

EL CORAZÓN DE CRISTO NOS DA EL ESPÍRITU SANTO: *AHÍ TIENES A TU MADRE*

Homilía pronunciada en la tarde del 3 de junio de 1979,
Solemnidad de Pentecostés, día en que se celebró
el LX Aniversario de la Consagración
de España al Corazón de Jesús

Al atardecer de este día denso de vivencias espirituales, nos congregamos aquí en este lugar de descanso, junto a esta comunidad contemplativa, que ha vivido desde su clausura la jornada de hoy, como vive desde su clausura toda la historia del mundo presente vista con la luz sobrenatural. Y venimos aquí a reflexionar.

Hay entre vosotros quienes han venido ahora a este *Monte Santo*. Hay otros que han vivido las experiencias del día de hoy, han vivido este acto grandioso que al medio día hemos celebrado en la explanada bajo la mirada de la imagen del Corazón de Cristo. ¡En ese momento se estaban realizando los planes de Dios! No era algo puramente humano lo que estaba sucediendo. En ese momento estaba cumpliéndose también por nosotros esto mismo que el evangelio nos acaba de referir.

Fijaos en las líneas de ese evangelio tan profundo. Primero, describe a los apóstoles encerrados en el cenáculo, imagen de una vida nuestra muchas veces encerrada en nuestro egoísmo, en que todo lo vemos desde la luz de nuestro egoísmo, en que nos encerramos de verdad, en que estamos con las puertas y ventanas cerradas, incluso en nuestras vivencias religiosas como algo que nos satisface, como algo que nos llega, como algo que nos tranquiliza en cierta manera. Pero lo que creamos es una tranquilidad producida por nosotros a fuerza de tener cerradas las puertas y las ventanas, porque toda la creación se nos ha convertido en un muro y en cierta manera nos parece que nos protege, porque nos ahoga y nos limita. Y estamos ahí metidos, aun cuando estemos exteriormente en un lugar espacioso, pero estamos muchas veces encajonados en ese cenáculo de nuestro egoísmo y de nuestra seguridad buscada.

Y dice el evangelio de san Juan, que *“estando ellos así, encerrados en el Cenáculo, entró y se puso en medio de ellos Jesús, y les dijo: -Paz a vosotros”. Os traigo otra paz*. No es la paz de sentirse asegurados en los muros con las puertas

cerradas, es la paz nueva, la vida nueva. **"¡Paz a vosotros!"** Que es decirte: *-¡A vosotros los torrentes de la Redención cumplida, de la vida nueva, del amor de Dios que se derrama sobre nosotros! Paz a vosotros es anunciarles todos los bienes mesiánicos. Y en particular es anunciarles la caridad, el amor. Es acercarles la cercanía de Dios y es anunciarles la ruptura de su esclavitud en la cual estaban contentos, como seguros en su pequeñez y en su retraimiento. "¡Paz a vosotros!"*.

"Y diciéndoles esto les mostró las manos y el costado". Así nos ha dicho también el Señor a nosotros en este día: *"Paz a vosotros"*. ¡Paz! ¡Que en vuestro corazón reine la paz!, esa realidad maravillosa que no es producto humano sino que es inundación de bienes del corazón, que es el esponjamiento. ***"Paz a vosotros" por la riqueza del raudal de la divinidad. Y al decirnos esto nos ha mostrado sus manos y su corazón abierto, sus manos y su costado.***

Y ahora, como en esta mañana en la solemnidad, en esta reflexión, en esta paz más tranquila, volvemos nuestra mirada hacia ese Costado abierto que Él nos muestra. **Para darnos la paz nos abre sus manos y su Costado, y nos muestra que nos ama y que el Padre nos ama en Él, y que su Corazón está abierto para nosotros de par en par siempre.** Y así está ahí en esa imagen, que es imagen, pero que refleja una postura eterna de Cristo que está con los brazos abiertos, que está con el Costado abierto, diciendo: *"Paz a vosotros"*, y dejando caer la paz a torrentes desde su Corazón.

Así lo contemplábamos esta mañana en ese espectáculo inolvidable donde gente sencilla... Estáis aquí muchos de los que allí estabais; habéis querido quedaros hasta el fin para disfrutar de esta cercanía del Señor, y pensáis salir luego para vuestras Provincias, hacia Toledo, hacia Salamanca, hacia León. Pero después de haber disfrutado de ese Costado abierto de Cristo que, de una manera como sacramental se os mostrado en esta fiesta de hoy, en medio de ese calor, de ese sol que parecía que nos abrumaba, pero quizás porque era signo de la grandeza del torrente de la gracia de Dios que nos inundaba interiormente.

"Paz a vosotros". Y os muestra las manos y el Costado y el Corazón abierto que es símbolo de la intimidad personal comunicada. Quiere decir que Él no quiere reservarse nada, que Él os lo da todo, que Él os lo abre todo, que Él os invita a penetrar hasta esta profundidad. Y que no os conforméis con la superficialidad de este mundo y con la vanidad de este mundo, sino que sepáis que el Corazón de Dios está abierto siempre. Y que ahí os espera y tiene que ser vuestra morada. Como estas Religiosas tienen su morada en esa clausura, la clausura nuestra tiene que ser el Costado de Cristo, el Corazón de Cristo. Aun caminando en medio del mundo pero ahí está Él que nos sostiene siempre, que nos espera, que nos acompaña con sus manos abiertas, con su Costado abierto.

"Y ellos se alegraron al ver al Señor". También nos hemos alegrado nosotros al sentir el Corazón de Cristo, al tener esa seguridad experimentada de que Él nos ha acogido y nos ama. **Y en ese dejarnos acoger por Él, y en ese dejarnos,**

entregándonos a Él, ha consistido nuestra consagración. Nuestra consagración en alegría, nuestra consagración en generosidad verdadera, dejándonos inundar por el torrente de amor, dejándonos inundar por la bondad del Corazón para que nos haga buenos de corazón. ¡Eso que necesitamos tanto en el mundo de hoy: la bondad de corazón! ¡Eso se ha realizado esta mañana por la fuerza del Espíritu Santo! Porque llamamos, sí, al Espíritu Santo, hoy, día de Pentecostés. Y no dudo de que ha sido un verdadero Pentecostés para cuantos hemos estado aquí y para tanta parte de la Iglesia de Dios, donde nuestro Vicario de Cristo está ahí en una misión de paz, en una misión de amor en su Patria polaca. Y está ahí siendo instrumento de esa inundación de Espíritu Santo sobre el mundo que el Corazón de Cristo ha reservado para estos tiempos. Y allí inunda al mundo de la riqueza del Espíritu Santo. Y aquí inundaba también nuestras personas y nuestra Patria con las riquezas de la inundación del Espíritu Santo.

Y así en el pasaje del evangelio leemos que *"Jesús entonces alentó sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo"*.

Estamos aquí en los misterios centrales de nuestra vida. **Devoción al Corazón de Cristo no es una cosa marginal**, insignificante de nuestra existencia, una devocioncilla: que uno tiene a una imagen a la cual de vez en cuando le pone un ramillete de flores. No es eso simplemente. **¡Es llegar hasta el centro del cristianismo! ¡Es llegar hasta el corazón del cristianismo! ¡Es llegar hasta el Corazón abierto de Cristo que nos abre el Corazón del Padre y que nos da el torrente del Espíritu Santo!**

Es *san Juan de Ávila* el que dice en una expresión impresionante: *¿Qué es Espíritu de Cristo? ¿Qué es darnos Cristo su Espíritu? Y responde: Es darnos su Corazón.* Eso es darnos su Espíritu. ¡Nos da su propio Corazón!, ¡nos da su intimidad!, ¡nos da sus sentimientos!, ¡nos da su amor! *"Para que el Amor con que me amaste esté en ellos y Yo en ellos"*. Esto es darnos su Espíritu. Nos da el Espíritu Santo. ¡Amándonos nos da el Espíritu Santo! Y ese Espíritu Santo en nosotros modela y forma el Corazón de Cristo. Por eso **entregarnos a Cristo es no poner obstáculos al Espíritu Santo**. Lo invocamos pues, como decía el *Papa Juan Pablo II* en la *Redemptor Hominis*, *que la Iglesia toda en estos momentos clama: ¡Ven Espíritu Santo!, deseando ese torrente de Espíritu Santo*. Lo llamamos pues. Pero notemos que no se trata simplemente de llamar con los labios sino con la disposición del corazón. Y la disposición del corazón es, iluminados por el mismo Espíritu, abrirnos en la fe y contemplar el Corazón abierto de Cristo.

Si volviéramos la mirada al Corazón de Cristo Él nos da su Espíritu que nos inunda. ¡Y nos inunda con sus siete dones, con la riqueza de sus frutos! ¡Y nos invade con su alegría y su gozo! ¡Y nos purifica interiormente! ¡Y nos transforma en el Corazón de Cristo! **Y así en nuestra consagración, entregando a Cristo nuestro corazón, Él pone su Corazón en nosotros.**

En la vida mística sabemos que ha habido momentos en los cuales los santos han experimentado un fenómeno en el cual ellos ven cómo hay un intercambio de corazones: Cristo cambia su Corazón con el del fiel. Es una visión

imaginaria quizás que refleja esta realidad, la realidad de esta transformación interior, de esa mutua donación: ¡yo soy de Cristo y Cristo mío! Pero esto de verdad. El Señor decía en una ocasión a santa Teresa, en un momento de su evolución espiritual: "Ya eres mía y yo soy tuyo". Y uno puede preguntar: -¿pero no lo era así desde que estaba bautizada y estaba en estado de gracia? Y responderíamos: -sí, pero un grado muy imperfecto. Y progresivamente, conforme nosotros vamos creciendo espiritualmente, Él es más corazón de nuestra vida y nosotros nos entregamos más plenamente a Él. Él es más nuestro y nosotros somos más suyos. Es la consagración, esa consagración hecha por la fuerza del Espíritu Santo.

Pero no quisiera terminar estas breves reflexiones que nos hagan concluir este día tan maravilloso y nos hagan vivir esta entrega sin una referencia a **la Virgen**.

¿Qué significa la Virgen en esta jornada grandiosa de hoy? Digo, con un poquito de pena, que me ha parecido que ha estado un poco ausente. Y no quiero que lo esté, porque no debe de estarlo.

En el cenáculo, mientras los apóstoles esperaban al Espíritu Santo, *estaban en oración con María la Madre de Jesús*. La preparación a ese intercambio de corazón, la preparación para esa inundación del Espíritu Santo se hace con María. *"Estaba allí María, la Madre de Jesús"*. Cuando en la cruz dice san Juan que *Jesús inclinó la cabeza y entregó su Espíritu, estaba allí al pie de la cruz, con Juan, su Madre, y Madre nuestra*. ¡La Virgen Santísima no puede estar ausente en

este día nuestro! No lo ha estado en nuestra preparación. Ella como Madre solícita nos ha preparado, ¡Ella misma, nuestro corazón! Y hemos de sentir su cercanía, su protección, en el momento en que nos entregamos a Cristo.

Pero no es sólo eso. María, en este día, nos ha acompañado. La que en su humildad ha querido pasar desapercibida pero que estaba ahí presente preparando al Pueblo de Dios para su encuentro con el Hijo, para su intercambio de corazón, para su conversión verdadera, sincera y generosa. Pero no es sólo eso. Hemos venido aquí, a esta Capilla a celebrar la Eucaristía. Y es la capilla de la *Orden del Carmen*. Y de una manera especial Capilla de la Virgen porque *el Carmelo es todo de María*. Y me parece providencial. Y me parece providencial decir unas palabras sobre esta Madre nuestra, que en esta fiesta que para nosotros nos va a dejar una huella definitiva, estaba presente y debe de estar presente, y tiene su lugar, que se lo queremos dar. No es sólo pues la que nos ha preparado.

El *Papa Pío XII*, en la Encíclica *Haurietis Aquas* -que es la carta magna de lo que es la visión del Corazón de Cristo-, después de haber hablado de la necesidad de la entrega, de la necesidad de la consagración a Cristo, de la reparación, después de haber desarrollado maravillosamente lo que es el amor que Cristo nos tiene y con el que nosotros debemos corresponder a Cristo, dice al final: *Pero después de habernos acercado al Corazón de Cristo es necesario que vayamos al Corazón de su Madre*. Y es sorprendente que diga: *Después de habernos acercado al Corazón de Cristo es necesario que vayamos al Corazón de su Madre*. Ha sido la

única referencia que hemos tenido también nosotros cuando hemos dicho que no termina aquí nuestra peregrinación, sino que la próxima meta será nuestra Madre del Pilar. Es verdad, hemos hecho una referencia. Pero es importante notar que corresponde a la doctrina de la Encíclica *Haurietis Aquas*, de la carta magna del Corazón de Cristo, que después de haber llegado al Corazón de Jesús, después de haberle prestado nuestra adoración y veneración, nos tenemos que acercar al Corazón de su Madre.

Y aquí es donde quisiera decir dos palabras nada más. Su Santidad *el Papa Juan Pablo II*, en su Encíclica, según mi punto de vista, maravillosa, grandiosa, en la que habla del Misterio de la Redención, del Corazón del Primogénito que derrama la justicia en los corazones de todos los hombres, dice *que ese Jesucristo y ese Corazón de Cristo es camino al Padre y camino a los hombres*. Y habla de la Virgen al final.

Yo, con sumo respeto, quisiera añadir una cosa. Y es ésta, matizar algo más, y decir que **el Corazón de Cristo es camino al Padre, es camino a los hombres y es camino a María**. Os podréis sorprender, y me diréis: -Pero ¿cómo? ¿Y Jesús camino a María? Y yo os digo: -¡Y no ponéis unos ojos todavía más grandes cuando escucháis que *Jesús es camino al hombre!* ¿Y qué quiere decir *es camino al hombre?* Quiero decir esto: es sólo a través de Cristo que llegamos a entender la grandeza del hombre, la dignidad del hombre, sólo cuando lo vemos objeto del amor de Cristo, sólo cuando comprendemos que Cristo ha dado su vida por él. Y sólo entonces conocemos el valor del hombre, que quizás

nosotros lo despreciábamos o descuidábamos. Pero cuando vemos a Cristo, al Hijo de Dios, al Padre, que está dispuesto a dar su vida por ese hombre, entonces yo empiezo a entender el misterio del hombre, y de ahí me vienen luego todas mis apreciaciones del hombre.

¿Y no es acaso el Corazón de Jesús camino para comprender el corazón de María? ¡Mucho más todavía! Por eso, cuando entra en el Corazón de Cristo y se adhiere al Corazón de Cristo entonces, como al pie de la cruz, oye también su palabra cuando le dice: *"Ahí tienes a tu Madre"*. *¡Madre de esta vida de gracia! ¡Ella que ha colaborado conmigo! ¡Ahí tienes a la que verdaderamente te ama con corazón materno! Ella, Madre tuya, no es sólo camino hacia Mí sino Madre perpetua cuyo valor queda iluminado por el valor del Corazón de Cristo.* Y entonces comprendemos a María y vamos a Ella. Y entonces comprendemos su Corazón materno de verdad. Y entonces, con la luz del Misterio de Cristo comprendemos su corredención con Cristo, y aprendemos a ver en María lo que debe ser nuestra entrega y corredención con Cristo. Y así venimos nosotros aquí.

Es muy bueno que movidos por ese Espíritu que Cristo nos comunica a través de su Corazón abierto, levantemos nuestra mirada a nuestra Madre y la veamos distinta. La veremos encuadrada en este misterio de amor y de redención. La veremos solícita de la redención del mundo, la veremos entregada, la veremos siempre siguiendo la corriente que le guía el Espíritu Santo. **Y entonces nosotros nos entregaremos también a Ella, nos consagraremos a Ella. Y es legítimo que nos**

consagremos a Ella. Y vale también de nuestra consagración a María lo que decíamos de la consagración a Cristo, que la iniciativa es de Dios, que es Él que nos invita a entregarnos a su Madre, es Él que nos dice: *“Ahí tienes a tu Madre”*. Y nos lo dice en el momento en que nos descubre su Corazón, en el momento en que se le rasga ese Corazón, en el momento en que derrama sobre nosotros la plenitud del Espíritu Santo.

Muchos de los que estaban con nosotros en estos momentos están recorriendo las carreteras, las autopistas de España. Han ido muy lejos: Gerona, Valencia, Tortosa, Almería, Murcia, Sevilla, Granada, Zaragoza. Por ahí van. Nosotros nos sentimos unidos a ellos. No estamos más cerca del Corazón de Cristo que ellos, pero tenemos nosotros una paz en estos momentos en la cual queremos recoger con todos ellos, con la humanidad entera, mirando al Corazón de Cristo, dejando que derrame sobre nosotros el torrente de su Espíritu. Y sintiéndonos al mismo tiempo bajo el latido del Corazón materno de María al cual confiamos nuestra existencia, confiamos el futuro nuestro, de nuestra familia, de nuestra Patria, con una mirada serena que no nos haga cruzarnos de brazos, pero que haga que toda nuestra vida, toda nuestra acción, esté presidida por el Misterio del amor de Cristo y de su Madre. Que así sea.

